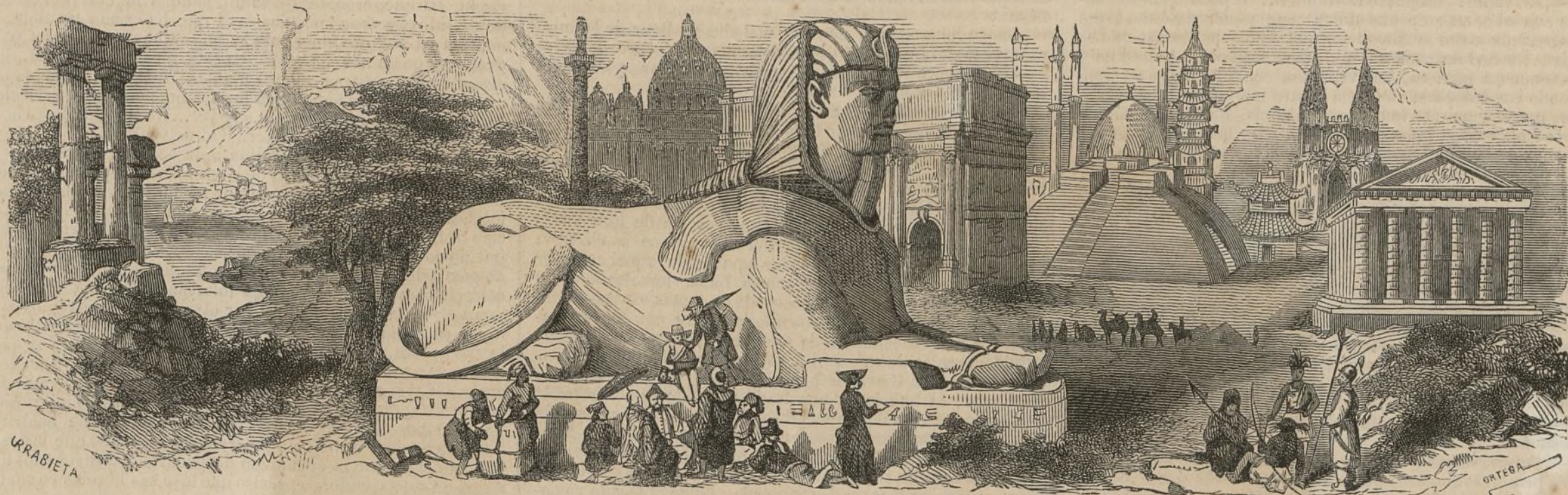


EL UNIVERSO PINTORESCO,

PERIÓDICO QUINCENAL.



Precio en Madrid, por un año. 40 rs.
Id. en provincia enviándose por el correo. 50.

Paris: librería española, de Mellado, rue de Provence, núm. 42.
REDACCION, C. DE STA. TERESA, N. 8, MADRID.

En ultramar y el extranjero, fijan el precio los comisionados.
Se suscribe en casa de los corresponsales del Establ. de Mellado.

SUMARIO.

ARTICULOS. Noticia de la vida y obras de Fenimore Cooper.—La hija de Rapaccini, por Nathaniel Hawthorne (Conclusion).—Ricardo Digby.—La vida de las aguas.—Estadística: Bibliografía (Continuación).—Curiosidades históricas (Conclusion).
GRABADOS. Fenimore Cooper.—Los baños de Amelia, 4 grabados.

Noticia de la vida y obras de Fenimore Cooper.

Fenimore Cooper es conocido hace tiempo con el nombre de Walter Scott americano; pero aunque la forma de sus novelas es semejante a la de las del autor escocés, la elección de sus personajes, lo extraordinario de sus caracteres, la novedad de sus retratos, le señalan el primer puesto entre los escritores originales y creadores.

La familia de Santiago Fenimore Cooper, es originaria del ducado de Buckingham en Inglaterra, y a fines del siglo XVII abandonó la madre patria para pasar a la América. Nuestro autor nació en Burlington, y estudió en el colegio de Yale, en la ciudad de Nueva-Haven, capital del Connecticut. No tardó mucho en abandonar la escuela por la marina, y la marina por la literatura. Después que sus obras lo han hecho celebre, ha visitado diversas veces la Europa, observando las costumbres, recogiendo las tradiciones, estudiando los hombres y los libros, reuniendo materiales para sus novelas, y acogido por todas partes con la distinción debida a un genio poderoso y a un hombre de hermosas cualidades privadas.

Cooper empezó su carrera literaria por *Precaución*, novela donde se encuentra una pintura exacta, y a veces sublime, de la sociedad inglesa. A ésta siguió *El Espion*, y descubrió un talento de primer orden y una rara elevación de ideas. A pesar de la pesadez de algunos diálogos, es obra que presenta mucho interés y sublimes escenas. Nunca el amor a la patria ha sido pintado con tanta energía como en la historia del humilde trágico Harvey Bitch, tan resignado en vida y muerte, tan glorioso en la afrenta, tan noble en su humildad. Esta novela, lo mismo que la de *Lionel Lincoln*, y las *Cartas sobre las costumbres e instituciones de los Estados-Unidos*, descubre sentimientos patrióticos que honran al autor, y que han contribuido mucho a la buena acogida que ha tenido entre sus compatriotas.

Las obras de Cooper pueden dividirse en varias clases: novelas marítimas: *El Piloto*, *El Corsario Rojo*, *El Pirata*, *El Robinson*, etc.; novelas americanas: *El último Mohicano*, *Los Gastadores*, *la Pradera*, *Los Puritanos de América*, *El Ontario*; y novelas europeas: *El Bravo*, *El Verdugo de Berna*, *Cristóbal Colon*, etc., etc. Cuando pinta las costumbres de su patria, cuando describe la lucha de la civilización con el estado selvático, cuando nos hace atravesar las florestas vírgenes de los Estados-Unidos, se muestra verdaderamente grande como narrador y como poeta descriptivo. *El último Mohicano* es una obra maestra que se ha hecho clásica en todas las lenguas de Europa, aunque en general las tradiciones quedan muy atras del original en exactitud y elegancia. Por el interés y la sencillez del argumento, podría ser comparada esta novela con la de Daniel de

Foe. Obras son estas que se hacen populares desde el día mismo de su publicación, que son leídas y apreciadas de todas las clases, y transmitidas como monumentos imperecederos a las futuras generaciones.

Cooper ha escrito además una historia de la marina de los Estados-Unidos, y la biografía de los mas célebres marinos; además, apuntes notables sobre sus viajes a Francia, a Suiza y a distintas partes de Europa. También ha escrito obras políticas y sátiras.

Cooper falleció el día 14 de setiembre de 1851, sesenta y dos años después de su nacimiento. Murió en su residencia de Coopers'-Town, ilustrada desde entonces por el nombre que usa.

La hija de Rapaccini.

CUENTO FANTÁSTICO POR NATHANIEL HAWTORNE.

(Conclusion).

Ya habia transcurrido mucho tiempo desde el encuentro de

Giovanni con Baglioni, cuando una mañana quedó desagradablemente sorprendido con la visita del catedrático, en quien apenas habia pensado durante semanas enteras, y al que con gusto habria olvidado. Dominado por una violenta excitación, le era insoportable la sociedad de los que no simpatizaban perfectamente con su estado, y seguramente no tenia que esperar semejante simpatía del profesor Baglioni.

Este le habló al principio de cosas indiferentes, de los rumores que circulaban por la ciudad y la universidad, y luego no tardó en pasar a otro asunto.

—He leído hace poco un autor clásico, dijo, y he encontrado en él una historia que me ha interesado sobremedera. Quizá vos la recordareis: se trata de un príncipe indio que regaló una muger hermosísima a Alejandro el Grande. Era seductora como la aurora, y brillante como la postura del sol; pero lo que sobre todo la distinguía era el perfume de su aliento, perfume mucho mas suave y delicioso que el que se respira en un jardín de rosas de Persia. Alejandro (como era natural en un conquistador joven), se enamoró perdidamente de la estrangera, pero un sabio médico que habia allí descubrió en ella un secreto terrible.

—¿Y cuál era ese secreto? preguntó Giovanni bajando los ojos para evitar las miradas del profesor.

—Aquella hermosa muger, continuó Baglioni con fuerza, habia sido alimentada con veneno desde su nacimiento, y de tal modo se hallaba penetrada de él, que habia llegado a ser ella misma un tóxico mortal. El veneno era el elemento de su existencia: aquel rico perfume de su aliento emponzoñaba el aire; ¡su amor hubiera sido un veneno!... ¡Sus brazos habrían dado la muerte!... ¿No es una historia maravillosa?

—Una fábula muy buena para niños, contestó Giovanni levantándose con impaciencia. Me estraña mucho que hallándoos ocupado en estudios graves, tengais tiempo para leer tales absurdos.

—¿Cáspita!... dijo el catedrático mirando con inquietud en derredor suyo, ¿qué olor tan particular se percibe en esta habitación!... ¿Es el perfume de vuestros guantes? Es ligero y delicioso, pero a pesar de todo desagradable, y si hubiese de respirarle largo tiempo me pondría malo: diríase que era el olor de una flor, y sin embargo, no veo ninguna en vuestro aposento.

—Efectivamente no las hay, respondió Giovanni, a quien las palabras del catedrático habian hecho palidecer: yo creo a mi vez que ese olor solo existe en vuestra imaginación; como los olores son una combinación de elementos sensuales y espirituales, están espuestos a engañarnos. Solo el recuerdo o el pensamiento de un perfume nos hace creer en su realidad.

—Sí, pero mi fría imaginación no me da semejantes chascos, y si pensase en algun olor seria en el de alguna droga o medicamento de que es muy probable que mis dedos se hallen todavía impregnados. Según cuentan, nuestro repetable amigo Rapaccini mezcla en sus medicinas unos perfumes mas suaves que los de la Arabia, y sin duda la hermosa y sabia señorita Beatriz administrará a sus enfermos bebidas mas dulces que su aliento virginal; pero ¡desgraciado del que haga uso de ellas!...

El rostro de Giovanni manifestaba las diversas emociones que le agitaban: el tono con que el catedrático habia hecho alusión a la pura y hermosa hija de Rapaccini, era una tortura para su corazón, y sin embargo, aquella suposición difundió una luz repentina sobre mil sombrías sospechas, que como otros tantos demonios comenzaron a hacerle gestos espantosos. Pero se esforzó en rechazarlas, y contestó con la confianza y seguridad de un amante:



Fenimore Cooper.

—Señor catedrático, habeis sido el amigo de mi padre, y tal vez tenéis intención de serlo también de su hijo. Quisiera no experimentar mas que sentimientos de respeto y de deferencia hacia vuestra persona; pero me permitireis que os haga la observación, caballero, de que hay ciertas cosas de que no se puede hablar. Vos no conocéis a la señorita Beatriz, y por lo mismo no es fácil que comprendáis la gravedad de la injuria, y aun me atrevere a decir de la blasfemia de que os haceis culpable, al hablar de ella de una manera tan ofensiva y con tanta ligereza.

—Giovanni! ¡mi pobre Giovanni!... respondió el catedrático con el acento de una dulce compasión, conozco a esa desgraciada joven mucho mejor que vos, y es preciso que os diga la verdad en cuanto a ese envenenador de Rapaccini y su venenosa hija. Si, tan venenosa como hermosa; y aun cuando empleáseis la violencia contra mis cabellos encanecidos, no conseguiríais imponerme silencio. Esa antigua fábula de la mujer de la India, ha llegado a ser una realidad en la persona de la amable Beatriz, merced a la profunda y mortífera ciencia de Rapaccini.

Giovanni exhaló un gemido y se cubrió el rostro.

—El amor natural de un padre a sus hijos, prosiguió Baglioni, no ha podido disuadirle de ofrecer en holocausto a su hija en las aras de la ciencia. Por lo que (y en eso no puedo menos de hacerle justicia), jamás ha habido un amante mas sincero de la ciencia, ni que haya destilado su propio corazón en un alambique. ¿Qué suerte os estará reservada? No cabe duda en que habeis sido elegido para alguna nueva experiencia, cuyo resultado podrá ser muy bien la muerte, ó tal vez otra cosa aun mas terrible. Cuando tiene por objeto lo que él llama el interés de la ciencia, Rapaccini no retrocede.

—Esto es un sueño, murmuró Giovanni, seguramente es un sueño.

—¡Cobrad ánimo, hijo de mi amigo! todavía no es tarde para prestaros socorro. Quizá logremos volver a esa desdichada joven a los límites ordinarios de la naturaleza, de que la ha sacado la locura de su padre. ¿Veis este vasito de plata? pues es obra del famoso Benvenuto Cellini, y es digno de ser ofrecido como un regalo de amor a la dama mas hermosa de toda la Italia; su contenido es de un valor mucho mas inestimable: algunas gotas de este antídoto hubieran hecho ineficaces los venenos mas violentos de los Borgias. No dudeis de su virtud contra los de Rapaccini; dad a vuestra Beatriz este vaso y este líquido, y esperad el resultado con fe y con confianza.

Baglioni puso sobre la mesa un frasco de plata de un trabajo maravilloso, y se retiró, dejando que sus palabras produjesen efecto en el ánimo del joven.

—Volveremos a desconcertar los planes de Rapaccini, pensó sonriendo para sí mientras bajaba la escalera. Pero confesemos la verdad: ¡es un hombre asombroso!... ¡completamente asombroso!... y sin embargo, si lo examinamos bien, no es mas que un miserable empirico; de manera que no puede ser tolerado por los que respetan las buenas y antiguas reglas de la ciencia médica.

En sus entrevistas con Beatriz, Giovanni, como ya hemos dicho, había sido atormentado algunas veces por tenebrosas sospechas; pero se le había presentado tan sencilla, candorosa, apasionada y sincera, que el retrato hecho por el profesor Baglioni le parecía tan extraño é increíble como si no hubiera estado de acuerdo con sus primeras impresiones. Si, había recuerdos terribles enlazados con aquella joven: no había podido olvidar enteramente el ramillete que se marchitó en la mano de Beatriz, ni la mariposa que murió sin otra causa presumible que el perfume de su aliento. No obstante, aquellos incidentes, al disiparse en el puro esplendor de la joven, no tenían para Giovanni el valor de hechos reales, y le parecían engañosas ilusiones, por mas fuerte que hubiese sido el testimonio de sus sentidos. Hay algo mas cierto que lo que nosotros vemos con nuestros ojos, y mas real que lo que tocamos con nuestros dedos. Sobre ese algo había fundado Giovanni su confianza en Beatriz, aunque mas bien por la fuerza irresistible de las cualidades de esta, que por una fe profunda y generosa de su parte. Pero en aquel momento, su espíritu era incapaz de sostenerse a la altura a que le había elevado el primer entusiasmo del amor; cayó al suelo, se arrastró por el fango de las dudas, y ensució de ese modo la blancura de la imagen de Beatriz. No renunciaba a ella, no; únicamente desconfiaba, y quiso tener una prueba decisiva que le convenciese de la existencia de aquellas terribles singularidades, que no podía admitir en su naturaleza física sin alguna monstruosidad análoga en su naturaleza espiritual. Sus ojos, a la distancia en que se encontraba, habían podido engañarle en cuanto al lagarto, la mariposa y el ramillete; pero si podía ver, a la distancia de algunos pasos, marchitarse en la mano de Beatriz flores frescas y sanas, no había ya lugar a la mas leve duda. Corrió, pues, inmediatamente a comprar flores, y escogió un ramillete en donde todavía brillaban, como otros tantos diamantes, las gotas del rocío de la mañana.

Era precisamente la hora de su entrevista con Beatriz; pero antes de bajar al jardín, Giovanni no olvidó mirarse al espejo, vanidad bastante natural en un lindo mozo, pero que denotaba cierta frivolidad de sentimientos, y tal vez falta de sinceridad, en unos instantes en que se hallaba inquieto y turbado. Al mirarse, dijo para sí que sus facciones jamás habían estado tan graciosas, sus ojos tan brillantes, ni sus mejillas tan animadas por una superabundancia de vida.

—Al menos, pensó, su veneno no se ha insinuado todavía en mi sistema: no soy como lo flor que se marchita en su mano.

Al mismo tiempo fijó su mirada en el ramillete que todavía no había abandonado, y un estremecimiento indefinible de terror conmovió todo su ser, cuando vió que aquellas flores, cubiertas aun de rocío, iban inclinando ya la cabeza, y parecían cortadas la víspera. Giovanni, pálido como la muerte, permaneció casi petrificado delante del espejo, mirando con espanto su propia imagen: se acordaba de la observación de Baglioni acerca del perfume que parecía llenar la habitación, lo cual no podía provenir mas que de su aliento emponzoñado; entonces tembló y se horrorizó de sí mismo. Cuando salió de su estupor se puso a examinar con la mayor atención una araña activamente ocupada en suspender su tela a una cornisa de su mismo cuarto: era la mas afanada y vigorosa que hasta entonces había visto en el techo. Se aproximó

al insecto, y exhaló un prolongado y profundo suspiro: la araña suspendió al punto su trabajo, y la tela osciló por consecuencia de un temblor, cuyo origen estaba en el cuerpo del pequeño artifice. Giovanni lanzó otro suspiro mas largo y mas profundo, un suspiro impregnado del veneno de su corazón: no sabía si por malignidad ó por desesperación. La araña recogió sus patas con un movimiento convulsivo para asirse a la tela, y luego cayó muerta delante de la ventana.

—¡Maldito!... ¡maldito!... murmuró Giovanni dirigiéndose a sí mismo: has llegado a ser venenoso hasta el punto de que tu soplo causa la muerte a un insecto que tambien es ponzoñoso...

En aquel momento una voz melodiosa y llena de ternura pronunció desde el jardín estas palabras:

—¡Giovanni! ¡Giovanni!... ya es hora, ¿por qué tardas tanto? Baja... baja...

—Si, murmuró, es la única criatura para quien este soplo no es mortal: quisiera que lo fuese tambien para ella.

Giovanni se apresuró a bajar, y en menos de un segundo se halló al lado de Beatriz, con los ojos radientes de amor. Un instante antes, su cólera y su desesperación habían sido tales, que había deseado poderla matar con su mirada, pero en su presencia se veía sujeto a una porción de influencias demasiado reales para que pudiese sustraerse a ellas tan pronto. Era el recuerdo del poder amable de aquel carácter de mujer, que con tanta frecuencia había derramado en su alma una religiosa calma: el recuerdo de tantas santas y tiernas efusiones que habían removido la piedra con que se hallaba cerrado el manantial de su corazón, y que habían permitido a los ojos de su espíritu soñar sus transparentes profundidades; y si Giovanni hubiese sabido apreciar aquellos recuerdos, le habrían demostrado que todo aquel horrible misterio no era mas que una grosera ilusión, y que a pesar de la oscura niebla que parecía envolverle, la verdadera Beatriz era un ángel del cielo. Aunque fuese incapaz de esa confianza sublime, la presencia de Beatriz no había perdido todavía su magia: el furor de Giovanni se había aplacado y convertido en una silenciosa insensibilidad. Beatriz, con la adivinación del corazón, conoció inmediatamente que había entre ambos un abismo de tinieblas, insuperable para los dos. Pasáronse juntos tristes y taciturnos, y de ese modo llegaron a la fuente de mármol y al estanque, en medio del cual crecía el arbusto de las flores de rubies. Giovanni se asustó de la alegría sensual, del apetito con que aspiraba el perfume de aquellas flores.

—Beatriz, ¿de dónde procede este arbusto? la pregunto bruscamente.

—Mi padre le ha criado, respondió la joven con sencillez.

—¡Criado! ¡criado! repitió Giovanni, ¿qué queréis decir Beatriz?

—Es un hombre que ha penetrado hasta el fondo de los secretos de la naturaleza, y esta planta nació en la hora misma en que yo aspiraba el aire por la vez primera. es hija de su ciencia y de su inteligencia, cuando yo solo lo soy según la carne, no os acerqueis, continuó Beatriz observando con horror los movimientos de Giovanni; tiene propiedades que ni aun siquiera sospechais... Mi querido Guasconti, yo he crecido y florecido con ella, y he sido alimentada con sus emanaciones. Era mi hermana, y la amaba con un cariño humano: porque ¡ay! ¡no lo has sospechado! ¡Había una suerte terrible!

Al llegar aquí, Giovanni lanzó a Beatriz una mirada tan sombría, que se puso temblorosa; pero la confianza que tenía en su ternura, la hizo ruborizarse de haber podido dudar de él un solo instante.

—Había una suerte terrible para mí, continuó: el fatal amor de mi padre a la ciencia, me había separado de todo el mundo. Hasta el momento en que el cielo te envió, querido Giovanni, ¡en qué aislamiento vivió tu pobre Beatriz!

—¿Y era esa suerte muy rigurosa? preguntó Giovanni fijando en ella sus miradas.

—Hasta hace muy poco no he conocido toda su extensión, respondió con ternura: sí, porque mi corazón se hallaba sumergido en una especie de letargo, que le dejaba en dulce calma.

El furor de Giovanni brilló en su sombría tristeza, como el relámpago en una negra nube.

—¡Maldita sea! gritó con la vehemencia de la cólera y del desprecio. ¡Y porque te haya parecido enojosa la soledad, me has separado tambien de todo calor vital, me has arrastrado a la region de inexplicable horror en que vivías!

—¡Giovanni! exclamó Beatriz volviendo hacia él sus rasgados brillantes y ojos: aquellas palabras no la fué posible comprenderlas, pero su violencia casi la había aterrado.

—Si, criatura venenosa, repitió Giovanni para sí con cólera; ¡he ahí lo que has hecho! ¡me has marchitado! ¡has llenado mis venas de veneno! ¡me has hecho tan aborrecible, tan monstruo, tan repugnante como tú misma, que eres un objeto de horror! Pues bien, si tenemos la dicha de que nuestro aliento sea tan mortal para nosotros como lo es para los demás, unamos nuestros labios en un beso de infalible rencor y muramos.

—¡Qué me sucede! murmuró Beatriz con un gemido que salió de lo mas profundo de su corazón. ¡Virgen santísima! ¡tened compasión de mí, pobre joven desconsolado!

—¡Tú orar! tú... gritó Giovanni con el mismo infernal desprecio: tus oraciones al salir de tu boca, infestan el aire con miasmas de muerte... Si, sí, oremos... vamos a la iglesia, y humedezcamos nuestros dedos en la pila del agua bendita... los que vayan despues de nosotros morirán como acometidos de un contagio. Hagamos la señal de la cruz en el espacio, y derramaremos maldiciones bajo la apariencia de ese simbolo sagrado.

—¡Giovanni! dijo Beatriz con calma, porque su dolor sofocaba toda su cólera, ¿por qué unírte de ese modo conmigo en esas terribles palabras? Yo soy, es cierto, esa cosa terrible que tú dices; pero tú... despues de haberte estremecido con el aspecto de mi inmensa desgracia, ¿qué te resta que hacer sino salir de este jardín para mezclarte con tus semejantes, y olvidar que jamás se arrastró sobre la tierra un monstruo como la pobre Beatriz?

—¡Finges ignorancia! la replicó Giovanni con una mirada amenazadora, ¡pues mira! ¡he aquí el poder que me ha dado la cándida hija de Rapaccini!

Un enjambre de mosquitos revoloteaban en busca del alimento que les ofrecía aquel jardín fatal en el perfume de sus

flores, y daban vueltas al derredor de la cabeza de Giovanni, atraídos evidentemente hacia él, por la misma influencia que los había conducido un instante junto a algunas de aquellas plantas. Exhaló sobre ellos un soplo, y mirando a Beatriz se sonrió con amargura al ver, que una veintena por lo menos de aquellos insectos, habían caído muertos en la arena.

—¡Ya lo veo! ¡ya lo veo! exclamó Beatriz: la ciencia fatal de mi padre es la que ha producido eso. No, no, Giovanni, no soy yo! ¡Oh! jamás, jamás. Todos mis sueños han sido amarte, permanecer un poco de tiempo contigo, y dejarte partir en seguida, sin conservar de ti mas que tu imagen en mi corazón. Porque, creeme, Giovanni, aunque mi cuerpo se halle nutrido con venenos, Dios es el que ha criado mi alma, é implora un poco de amor para su pan cotidiano. ¡Pero mi padre! él es quien nos ha unido en esta horrible simpatía. Si, desprecíame, póstrame a tus plantas, márame, ¿qué es la muerte despues de haber oído las palabras que han proferido tus labios? ¡Mas no digas que soy yo!... yo no lo hubiera hecho para asegurarme una eternidad de ventura.

El furor de Giovanni se había aplacado con aquellas exclamaciones apasionadas, y fué reemplazado por un sentimiento doloroso, no desprovisto de ternura, por las relaciones íntimas y particulares que existían entre Beatriz y él. Parecían aislados en un desierto, que una inmensa concurrencia de pueblo no llegaba a hacer menos solitario. Aquel aislamiento en medio de la sociedad y de los hombres, no debía unir mas estrechamente a aquella pareja infortunada! Si se aborrecían uno a otro, ¿quién los amaría? Por otra parte, ¿pensó Giovanni, ya no había esperanza de volver a entrar en los límites de la naturaleza, conduciendo por la mano de Beatriz a la que habría salvado? ¡Oh espíritu débil, indigno y egoísta! ¿puedes creer todavía en una feliz union sobre la tierra, despues de haber ultrajado tan amargamente con tus palabras injuriosas y desgarradoras un amor tan profundo como el de Beatriz? No, no concibas semejante esperanza. Es preciso que la desdichada, triste y con el corazón despedazado, atraviese los límites de este mundo: es preciso que lave sus heridas en cual quiera de las fuentes del Paraíso, para olvidar sus pesares en el esplendor de la inmortalidad. Allí es donde volverá a encontrar la felicidad!

Pero Giovanni no lo sabía.

—Querida Beatriz! la dijo acercándose mientras ella retrocedía, como tenía de costumbre, pero aquella vez por otro motivo. Querida Beatriz, nuestra suerte no es todavía tan desesperada: ¡Mira! he aquí un remedio poderoso y de una eficacia casi divina, según me ha asegurado un sabio médico. Se compone de ingredientes, opuestos a aquellos con los que tu horrible padre ha atraído la desgracia sobre ti y sobre mí: es una destilación de yerbas salutíferas: bebamos juntos para purificarnos del veneno que circula por nosotros.

—¡Dáme! ¡dáme! dijo Beatriz alargando la mano para recibir el frasco de plata que Giovanni acababa de sacar de su pecho, y despues añadió con un tono particular; voy a beber, pero tu aguarda el resultado.

Se llevó a los labios el antídoto de Baglioni, y en el mismo instante apareció Rapaccini en el umbral de la puerta del jardín, dirigiéndose con lentitud hacia la fuente de mármol. Al aproximarse, el pálido amante de la ciencia miró con aire de triunfo a la encantadora pareja: hubiérase dicho que era un artista, que despues de haber pasado toda su vida en hacer un retrato ó formar un grupo de estatuas, se envanecía de su resultado. Se detuvo... su cuerpo encorvado se puso erguido, y extendió la mano sobre los jóvenes, con el ademán de padre que implora la bendición del cielo para sus hijos; ¡pero aquella mano era la misma que había emponzoñado las fuentes de la vida! Giovanni tembló; Beatriz se estremeció convulsivamente y estrechó la mano contra su corazón.

—¡Hija mía! dijo Rapaccini, ¡ya no estás sola sobre la tierra! Coge una de las preciosas flores de esa planta hermana tuya, y pide a tu prometido que la acepte y conserve por tu amor. Ahora ya no te hará daño: mi ciencia y la simpatía que existe entre vosotros, han producido por resultado elevarle sobre el vulgo de los hombres, como tú, hija mía!... que constituyes mi orgullo y mi triunfo, eres muy superior a la generalidad de las mugeres. Proseguid, pues, vuestro camino por medio del mundo, adorándoos uno al otro, ¡terribles para todos los que se os acerquen!

—¡Padre mío! dijo Beatriz con voz débil, teniendo siempre la mano sobre su corazón, ¿por qué has impuesto a tu hija esa suerte miserable?

—¡Miserable! repitió Rapaccini; ¿qué quieres decir niña necia? ¿Piensas tú que es una desgracia hallarse dotado de dotes maravillosos, contra los cuales vengan a estrellarse la fuerza y el poder del enemigo mas temible? ¡Miserable!... cuando con un solo soplo puedes hacer que desaparezca el mas robusto! ¡Miserable! ¡el ser tan temida como hermosa! ¿Preferirías acaso la condicion de una mujer débil, espuesta a todos los ultrajes é incapaz de vengarse?

—Hubiera querido ser amada y no temida, murmuró Beatriz, inclinando la cabeza con languidez, y proxima a desfallecer: ahora importa ya muy poco padre mío, porque marche a los lugares en donde el mal que te has esforzado en hacer a mi ser, pasará como una nube... como el perfume de esas flores venenosas, que no infestará ya mi aliento entre las flores del Eden... Adiós, Giovanni, tus palabras de odio, son como plomo derretido para mi corazón, pero caerán tambien cuando me eleve... ¡Oh! desde el primer día, ¿no ha habido mas veneno en la naturaleza que en la mía?

Del mismo modo que el veneno había sido la vida de Beatriz, el antídoto poderoso fué su muerte, de tal manera que el arte de Rapaccini había sabido trabajar la materia perecedera. Así espiró a los pies de Giovanni y de su padre, la pobre víctima del ingenio del hombre, de la naturaleza contrariada, y de la fatalidad que acompaña a los esfuerzos de una sabiduría perversa.

En aquel instante, el catedrático Pietro Baglioni, miró por la ventana de Giovanni, y con un tono de triunfo mezclado de horror, gritó al sabio aterrado:

—¡Rapaccini! ¡Rapaccini! ¿es ese el resultado definitivo de vuestros experimentos?

Ricardo Digby.

LEYENDA AMERICANA.

En los antiguos tiempos de tinieblas y de intolerancia religiosa, vivía Ricardo Digby, el mas suspicaz e intolerante de una secta austera. Su plan de salvacion era tan rigido, que semejante a una frágil tabla en medio de un mar borrascoso, no podia servir a ningun otro pecador. Asi es que se conceptuaba triunfante, y lanzaba anatemas contra los desdichados que veia luchar contra las encrespadas olas de la muerte eterna. Segun su modo de ver las cosas, era un crimen de los mas abominables (y es en efecto una gran locura), confiar en sus propias fuerzas, y aun asirse á cualquiera otro resto del naufragio que no fuese aquella estrecha tabla, que se afanaba en tener siempre fuera del alcance de sus hermanos. O en otros términos; como su creencia no se asemejaba a la de los demas hombres, y como estaba sumamente satisfecho de que la Providencia le hubiese confiado á él solo entre todos los mortales el tesoro de la verdadera fé, Ricardo Digby resolvió retirarse á un sitio en donde pudiese gozar solo y constantemente de su buena fortuna.

—«Verdaderamente, pensaba, miro como una de las principales condiciones de las misericordias de Dios para conmigo, el no tener comunicacion alguna con esos millones de hombres que ha arrojado lejos de sí y condenado á perecer. Tal vez, si me detuviese mas tiempo en las tiendas de Cedar me retiraria sus favores, y seria sumergido en el diluvio de su cólera, ó consumido por la lluvia de fuego y de azufre, ó confundido en alguna otra ruina que Dios prepara por la horrible perversidad de esta generacion.

Ricardo Digby, tomó, pues, una hacha para formar en el desierto un sitio bastante espacioso en que colocar su tienda, y no olvidó algunos otros artículos necesarios, entre ellos una espada y un fusil, para herir y matar al que osase introducirse en su santuario, y luego se internó por entre lo mas enmarañado de un frondoso bosque. Con todo, al llegar á la lindes detuvo un momento para sacudir de sus zapatos el polvo de la ciudad en que habia vivido, y pronunciar una maldicion sobre la casa de oraciones, que miraba como un templo consagrado á los idolos paganos. Deseaba tambien saber si caería fuego del cielo, puesto que ya se habia puesto en salvo el único hombre justo: pero viendo que el sol continuaba iluminando pacíficamente las cabañas y los campos, que los hombres trabajaban, que los niños jugaban, que por todas partes se descubrian señales de prosperidad y ventura, y que nada hacia presagiar un castigo próximo, se alejó un poco desanimado. Pero cuanto mas andaba y mas solo se encontraba, mas se estrechaban los árboles y le interceptaban el paso, mas densa era la oscuridad en derredor suyo, y tambien era mayor el triunfo de Ricardo Digby. Cuando caminaba conversaba consigo mismo, y si se sentaba al pie de algun árbol leia la Biblia: como las hojas le encubrian el cielo, por la mañana, al medio día y por la tarde se dirigía á sí mismo sus oraciones. Aquel género de vida era tan conforme á su carácter que solia reirse con frecuencia, y en seguida se incomodaba si algun eco repetía sus estrepitosas carcajadas.

De este modo caminó tres dias y dos noches, y la tarde del tercer día llegó á la entrada de una caverna, que á primera vista le recordó la de Elias en el monte Horeb, aunque quizás se asemejaba mas al sepulcro de Abraham en Machpelah. Aquella caverna penetraba en el corazon de una colina pedregosa, y por delante de ella era tan espeso el follaje, que solo un apasionado á las mansiones sombrías hubiera podido descubrir la entrada, ó por mejor decir, la especie de arco que la servia de puerta, y atreverse á penetrar en su oscura bóveda, en donde era muy espuesto encontrar los centelleantes ojos de una pantera. Si la naturaleza habia destinado aquel triste retiro para uso del hombre, no podia ser mas que para sepultar en sus tinieblas las víctimas de una peste, tapar en seguida la puerta con piedras, y huir para siempre de aquel sitio siniestro. En sus inmediaciones nada habia alegre y risueño, si se exceptuaba un manantial susurrante que se halla á la distancia de unos veinte pasos, y al que Digby apenas se dignó dirigir una mirada. Pero asomó la cabeza á la caverna, tembló, y se felicitó por semejante hallazgo.

—El dedo de la Providencia me ha señalado el camino, exclamó, y la fúnebre gruta le contestó con un eco fatídico, como si algun ser invisible se burlase de él: aqui estará mi alma en paz, dijo, porque los malvados no me encontrarán: aqui podré leer la Escritura sin ser contrariado por interpretaciones engañosas: aqui podré dirigir al Señor oraciones fervorosas y puras, porque mi voz no se confundirá con los ruegos de la multitud culpable. ¡Ah! si, el único camino que conduce al cielo, pasa por la estrecha entrada de esta caverna, y yo solo la he encontrado!

En cuanto á la caverna, es preciso decir, que la bóveda, segun permitia examinarla su opaca luz, estaba entapizada de una especie de cristalizaciones poco brillantes, porque filtrándose en ella la humedad por espacio de muchos siglos, las habia hecho adquirir la dureza del diamante, y todos los objetos que habia bañado aquella agua estaban convertidos en piedra. Las hojas y ramas que el viento habia lanzado en la caverna, y las pequeñas plantas peniformes que se veian á la entrada, no estaban humedecidas con un rocío natural, sino que habian sido conservadas por medio de aquel procedimiento maravilloso. Y eso me recuerda, que antes de retirarse del mundo Ricardo Digby, segun decian médicos muy hábiles, habia contraído una enfermedad contra la cual sus libros no indicaban ningun remedio. Formábase en su corazon un depósito de partículas calcáreas producidas por una obstruccion en la circulacion de la sangre, y á menos que no se efectuase un milagro, era de temer que la enfermedad se extendiese á todo el órgano, y petrificase su corazon. Muchos afirmaban que ya se habia realizado; pero Ricardo Digby jamás quiso creer se cumpliera en el tan horrible fenómeno, y cuando vió las ramas convertidas en mármol, su corazon ya no palpó al mirar aquellos objetos en otro tiempo tan débiles y tan delicados. Tal vez aquella insensibilidad era un sintoma de su enfermedad.

Sea como quiera, Ricardo Digby estaba muy contento con su caverna sepulcral: estaba tan prendado de aquel sitio simpático, que en vez de dar algunos pasos para refrigerarse en la bulliciosa fuente, aplacaba su sed con las gotas de agua

que destilaba la bóveda de la gruta, y que si hubiesen caído en cualquiera otra parte que en su lengua se habrian congeado y endurecido como unos pequeños guijarros. Para un hombre predispuesto á la petrificación del corazon, aquel líquido era seguramente malsano, mas sin embargo, permaneció allí todavía tres dias, alimentándose con yerbas y raíces, bebiendo su propia perdición, durmiendo en aquella especie de sepulcro, sin despertarse mas que para una soledad mortal, y encontrando aquel género de vida muy poco inferior á la celestial bienaventuranza, y aun quizá superior á ella, porque en el cielo los ángeles le habrian incomodado. Al concluir el día tercero se hallaba sentado en la puerta de su morada, y leia la Biblia en voz alta, porque nadie mas que él podia provecharse de su lectura, y lo hacia en sentido inverso porque los rayos del sol que se aproximaban al ocaso no podian penetrar por entre las densas tinieblas que le rodeaban, ni por consiguiente llegar hasta la página del sagrado libro. De repente un débil resplandor se fijó en el volumen y levantando la cabeza, Ricardo Digby vió á una joven de pie á la puerta de la caverna, y cuyo trazo iluminado por los rayos del sol, parecia despedir una claridad que le era propia.

—Buenas tardes, Ricardo, le dijo, he venido desde muy lejos á buscarte.

Ricardo reconoció inmediatamente á aquella joven por su talle esbelto, y su dulce amabilidad: llamábase Maria Goffe y Ricardo la habia convertido con sus sermones en Inglaterra, antes que se entregase al exclusivo fanatismo, que de tal modo le sujetaba cual con una mano de hierro, que ningun otro sentimiento podia llegar hasta su corazon. Cuando el peregrino partió para la América, ella habia permanecido en el hogar paterno, mas segun las apariencias habia atravesado el Océano detrás de él impelida sin duda por la misma fé que hizo condenarse voluntariamente al destierro á otros muchos, ó tal vez por un amor casi tan santo como aquella misma fé. Y era efectivamente preciso el amor unido á la fé, para sostener á aquella delicada y débil criatura en su excursion por en medio del bosque, con su dorada cabellera destrenzada por las ramas, y sus pies desgarrados por los abrojos. Aunque debia encontrarse débil, fatigada y asustada al ver tan espantosa caverna, miraba al solitario con dulzura y compasion, como los ángeles miran al mortal que se halla sumido en la afliccion. Pero Ricardo, frunciendo el entrecejo y colocados los dedos sobre las hojas de su libro que tenia medio cerrado, la hizo seña de que se retirase.

—¡Vete de ahí! exclamó, estoy santificado, y tú eres una pecadora: ¡vete de ahí!

—Ricardo, le contestó ella con voz suplicante, he emprendido este largo y penoso viaje porque he sabido que una grave enfermedad ha atacado tu corazon, y un famoso médico me ha proporcionado el medio de curarte. No hay mas remedio que el que yo te traigo: no me despidas ni refuses mi medicamento, porque esta triste caverna llegará á ser tu sepulcro.

—Vete de ahí, replicó Ricardo Digby con aire amenazador, mi corazon se halla en mejor estado que el tuyo. Déjame, criatura terrestre, porque el sol va ya á ponerse, y cuando, no llega ninguna claridad á la puerta de la caverna, esa es la hora de mi oracion.

Aunque el abatimiento y estenuacion de Maria Goffe eran grandes, no pidió asilo ni proteccion á aquel hombre de corazon de mármol: no pidió nada para sí misma: su celo no tenia otro objeto que el bien de Ricardo.

—¡Vuelvete conmigo! exclamó juntando las manos, vuelve al lado de tus semejantes, porque te necesitan, Ricardo, y tú los necesitas, á ellos diez veces mas. No permanezcas en esta cueva siniestra porque en ella el aire es glacial, la humedad mortal, y el que espire aqui no encontrará el camino del cielo. ¡Sal de ahí! te lo ruego encarecidamente: sal por amor de tu alma, porque ó esa bóveda va á desplomarse sobre tu cabeza, ó alguna otra destruccion te amenaza.

—Muger perversa, la respondió Ricardo Digby riéndose á carcajadas (porque sus insensatas instancias escitaban en él una alegría amarga), te digo que el camino del cielo pasa directamente por el sitio en donde estoy sentado: y en cuanto á la destruccion de que me hablas, no amenaza á esta caverna bienaventurada, sino á las demas habitaciones de los mortales en toda la superficie de la tierra. Vete de ahí pronto para que puedas recibir tu parte!

Al decir estas palabras volvió á abrir su Biblia, y fijó sus miradas en la página, decidido á apartar su pensamiento de aquella hija de la cólera y del pecado, y á no consumir por ella ni un soplo de su santa vida. Habia ido creciendo de tal manera la oscuridad en el sitio en donde se hallaba sentado, que sin cesar se equivocaba al leer, y trasformaba todas las palabras de gracia y de misericordia en otras de venganza y de calamidad para cualquiera otra criatura que no fuese él. Sin embargo, Maria Goffe permanecia apoyada en un árbol, junto á la sepulcral caverna, llena de tristeza, pero con algo de celestial y etereo en medio de su dolor. Los últimos rayos del sol la hacian todavía resplandecer y reflejarse débilmente en la oscura caverna, que revelaba tinieblas tan terribles, que la joven temia por el que voluntariamente habia establecido en ella su mansion. Y observando luego la cristalina fuente que se encontraba á algunos pasos, corrió hacia ella, y tomó un poco de agua en una especie de taza echada con corteza de abedul. Algunas lágrimas cayeron en la taza, y quizá dieron á la pocion toda su eficacia. Maria volvió entonces á la entrada de la gruta y se arrodilló á los pies de Digby.

—Ricardo, dijo con acento apasionado, y sin embargo, lleno de dulzura, te suplico, por tu esperanza del cielo, si no quieres permanecer para siempre en esta tumba, que bebas de esta agua santificada aunque no sea mas que una sola gota! En seguida házme un sitio á tu lado, y leeremos juntos una página del libro sagrado: en fin, arrodíllate junto á mí y oremos ambos. Haz eso, y tu mármol corazon se volverá mas tierno que el de un niño en la lactancia, y todo irá bien.

Pero Ricardo Digby, á quien aquella proposicion habia horrorizado, arrojó la Biblia á sus pies, y dirigió á Maria una mirada tan fija y tan sombría, que mas bien que de un hombre que tenia vida, parecia provenir de una estatua de mármol, trabajo de algun escultor de imaginacion triste, que hubiese tratado de reproducir en el rostro humano la expresion del mal humor. Y á medida que la mirada de Ricardo se hacia mas diabólica, Maria Goffe se iba poniendo mas melancólica, mas tierna, mas compasiva y mas semejante á un ángel de dolor. Pero cuanto mas celestial era su aspecto, mas odio-

sa le parecia á Ricardo Digby, que por último levantó la mano, y la derribó en el umbral de la caverna la copa de agua santificada, despreciando de ese modo el único remedio que hubiera podido curar su corazon de piedra. Un suave perfume se esparció por la atmósfera, pero se disipó al momento.

—¡No me tientes mas, muger maldita! gritó con su acostumbra frialidad, ó te haré rodar como á esa copa. ¿Qué tienes tú que ver con mi Biblia, con mis oraciones, con mi cielo?...

Apenas hubo concluido estas terribles palabras, cuando su corazon cesó de palpar. Por lo que respecta á Maria Goffe, la leyenda dice que desapareció con los últimos rayos del sol, y que se subió al cielo desde la caverna sepulcral. Por que hacia muchos meses que Maria Goffe estaba enterada en Inglaterra ¿era su sombra reproducida por aquella selva, ó bien un espíritu tipo de la religion pura?

Cerca de un siglo despues, el bosque, impenetrable en tiempo de Ricardo Digby, estaba poblado y lleno de habitaciones, y los hijos de un labrador jugueteaban al pie de la colina. En aquella altura no habian sido cortados nunca los árboles á causa de las desigualdades del terreno. Asi era que las plantas estaban tan espesas en donde quiera que sus raíces habian encontrado jugos nutritivos, que cubrian todo aquel espacio y no permitian ver mas que algunas prominencias pedregosas. Un muchachuelo y una niña que jugaban al escondite con sus compañeros, se internaron en un sitio muy frondoso, en donde los negruzcos pinos y una porcion de enredaderas y otras plantas que descendían de un peñasco y formaban como una cortina, no dejaban penetrar mas que una débil claridad en medio del día, y en donde á cualquiera otra hora reinaba una oscuridad casi completa. Allí se escondieron los niños gritando y llamando á los que los buscaban, los cuales llegaron, y apartando un poco aquella cortina de follaje, descubrieron un poco de claridad. Pero en el mismo instante y simultáneamente todos los niños prorrumpieron en un grito de terror: bajaron la colina con cuanto velocidad les permitian sus fuerzas, y se dirigieron hacia la casa sin atreverse á volver la vista para no encontrarse por segunda vez con el objeto que les amedrentaba. Su padre, que no por día comprender qué era lo que de aquel modo les asustaba, tomó una hacha, derribó uno ó dos árboles, arrancó las enredaderas y puso en claro el misterio. Habia descubierto la entrada de una caverna semejante á un sepulcro, en la cual se hallaba sentado un hombre, cuyo gesto y actitud eran capaces de hacer que retrocediese el mas intrépido, pues en sus facciones se veia la expresion de una amenaza implacable. Aquel personaje repugnante parecia tallado en la piedra de color ceniciento que formaba las paredes y la puerta de la caverna; pero despues de un minucioso exámen se observaban defectos que hacian dudar si era realmente una estatua, producto del arte, un poco gastada y desfigurada por la accion del tiempo, ó un capricho de la naturaleza, que habia querido imitar en piedra la forma humana. La idea mas razonable que sugeria aquel extraño espectáculo, era la de que la humedad que se filtraba en la caverna poseia una propiedad petrificante que habia conservado de ese modo aquel terrible cadáver.

Habia algo tan aterrador en el aspecto de aquel hombre de piedra, que el colono, en cuanto se repuso un poco de la fascinacion que aquel espectáculo le habia producido, comenzó á amontonar piedras en la entrada de la caverna; su muger, que le habia seguido, secundó sus esfuerzos, y los niños tambien se atrevieron á acercarse con las manos llenas de guijarros, que arrojaron en el monton. Los intervalos ó huecos los llenaron de tierra, y por encima pusieron algunas matas de césped: asi desapareció hasta la menor señal de aquel descubrimiento. No quedó de él mas que una leyenda maravillosa, que fué haciéndose mas estraña de generacion en generacion, á medida que pasaba de padres á hijos y de estos á su posteridad, hasta tal punto, que son muy pocos los que creen en el día en la existencia de una caverna y de una estatua, en un sitio en donde no se ve mas que una pendiente cubierta de fresca yerba sobre la ladera de la umbrosa colina. Sin embargo, los ancianos evitan el pasar por allí, y los niños tampoco van á jugar en sus inmediaciones. La amistad, el amor, la piedad y todas las simpatías del cielo y de la tierra se apartan de esa escondida caverna: porque todavía es, y lo será siempre, á menos que un temblor de tierra no desplome la bóveda sobre su cabeza, la mansion de Ricardo Digby, en la actitud de un hombre que rechaza á toda su raza, no lejos del cielo, sino lejos de la horrible soledad de su frio y sombrío sepulcro.

ANÉDOTAS.—Se trataba de corregir á Luis XV, joven todavía, de la costumbre de desgarrar los encargos de sus cortesanos, y se encargó de ello Maurepas. Se presentó al rey llevando unos puños de riquísimo encage, se acercó el monarca y le rompió uno, y Maurepas desgarró el otro y dijo al mismo tiempo: «Maldita la gracia que me hace.» El rey se sorprendió y se puso pálido, y desde entonces no volvió á desgarrar mas encargos.

—Mr. d'Argenson decia al conde de Sebourg, que era el amante de su muger: «Hay dos plazas vacantes que os convienen: el gobierno de la Bastilla y el de los Invalidos. Si os doy el de la Bastilla dirán que os quiero encerrar, y si vais á los Invalidos creerán que es mi muger la que os envía allí.»

—Un banquero inglés, llamado Ler, fué acusado de haber conspirado para apoderarse del rey llevándole á Filadelfia. Conducido ante los jueces les dijo: «Yo sé bien que un rey puede hacer de un banquero, pero ignoro lo que un banquero puede hacer de un rey.»

—Elcuse decia que siendo joven y encontrándose sin bienes de fortuna, se marchó á Luneville, y allí consiguió que le hicieran dentista del rey Stanislaw, precisamente el mismo día que se le cayó el último diente.

La vida de las aguas.

LOS BAÑOS DE AMELIA (PIRINEOS ORIENTALES.)

«Es necesario apresurarse á emplear este remedio, mientras cura,» decia Corvisart, con tanta gracia como verdad. Rendia homenaje á ese gran poder de todos los tiempos y

de todos los países, que dicta sus decretos en medio de nosotros, y especialmente á los franceses, máquinas nerviosas como los definía el emperador y rey. En efecto, la moda no pierde ningún derecho ni sobre el individuo que se halla enfermo ni sobre el que goza de perfecta salud: hay remedios que curan por la sola razón de que están en boga, y esto es fisiológico: si se examina bien, de cien años á esta parte, se encontrarán diez procedimientos; diez sistemas terapéuticos diametralmente opuestos, coronados todos, ó poco menos, con el mismo laurel medicinal, recompensados con las mismas curaciones, y honrados con los mismos prodigios. No se necesita más que aprovechar el momento favorable. En tiempo de Broussais se morían las gentes por querer conservar la sangre en las venas, y comer carne mortecina. En el día, según parece, es mucho más conveniente seguir el método inverso: se había cesado de purgar con grande aplauso por parte de la multitud sublevada contra la medicina Leroy; pero en la actualidad se vuelve á purgar, y con un resultado que nuestros lectores nos dispensarán que omitamos. La homeopatía ha curado yo no sé cuántas enfermedades, y la hidroterapia no ha hecho menos milagros; pero si todo eso convence hasta cierto punto, nos parece, sin embargo, que en la medicina reina la misma anarquía que en las regiones políticas, y ya es tiempo de que aparezca en el horizonte clínico, una droga, dulce ó amarga, para que la humanidad doliente sepa como ha de morir, y en virtud de qué código.

Tal vez me preguntarán que á dónde nos conduce este preliminar, y por si así fuese, me apresuraré á contestar que á los Pirineos Orientales.

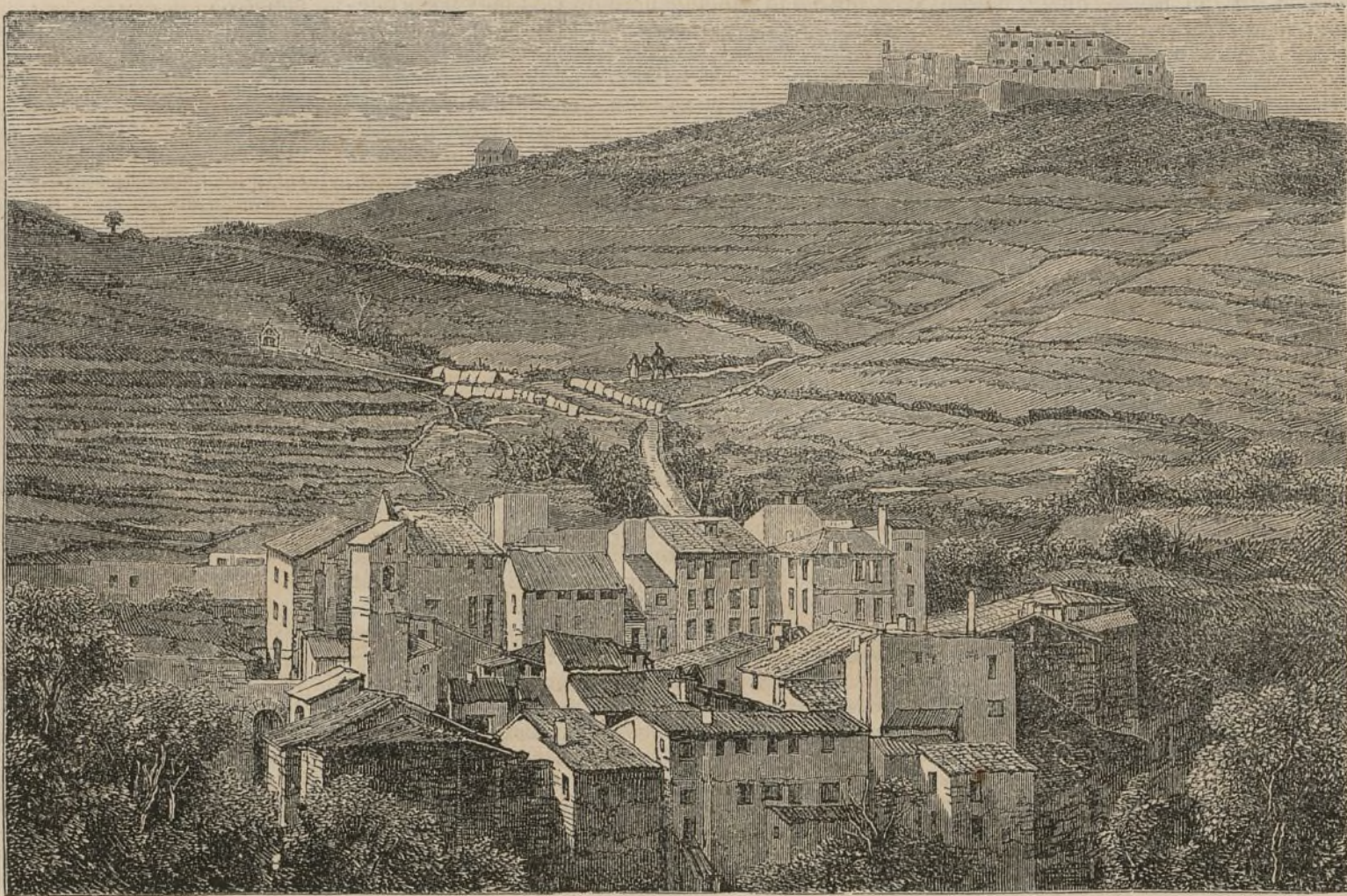
Si la transición parece un poco brusca, espero poder justificarla. Porque las admirables aguas del Canigú se hallan relativamente abandonadas, mientras que el pico de Ayre y el Circo Peñascoso, que ha dado nombradía al más ingenioso y elegante de los dibujantes franceses, ven agruparse todos los años millares de viajeros en derredor de los manantiales sulfurosos y alcalinos á que dan nacimiento, ó que susurran por sus inmediaciones. ¿Están menos cargadas de sosa ó de azufre que sus celebres competidores? ¿Es su efecto menos activo y su exhalación menos infecta? De ninguna manera: de igual poder, unas y otras, contraen de un modo bastante penoso el nervio olfatorio, y cicatrizan las llagas inveteradas, sin hablar de otras muchas influencias confortativas sobre el aparato respiratorio y el sistema nervioso. ¿De dónde proviene, pues, esa diferencia de fortuna y de nombradía entre las primeras y los segundos? De la moda, y nada más que de la moda. Los unos son famosos, las otras no tienen todavía celebridad; pero es indudable que la adquirirán. Por lo que á mí hace, estoy más cansado que el rústico de Atenas con respecto á Aristides, de oír invocar y preconizar constantemente á Canterets, San Salvador, Bagnères de Bigorre, Bagnères de Luchon, Bares, etc.: y ahora quiero conducirlos á uno de los manantiales menos conocidos, pero no de los menos saludables, de ese murallón gigantesco que la mano volcánica de la naturaleza ha elevado entre la Península y la Francia, y que no ha derribado todavía, que yo sepa, la espresión ó frase altanera de Luis XIV.

Los Pirineos Orientales son estremadamente ricos en aguas sulfurosas, cuya composición, eficacia, abundancia y virtudes medicinales, apenas ceden á las de las aguas termales de los altos y bajos Pirineos. «Sin embargo, dice el doctor James, á quien ya hemos citado, á pesar de los trabajos de Anglada, son muy poco frecuentadas.» Las más conocidas son las del Vernet, á las que Ibrahim Bajá fué á pedir en vano hace algunos años, aunque no sin alguna mejoría inmediata, el restablecimiento de una salud destruida, y de un organismo estenuado. Pero no nos detendremos ahí, y

el lector tendrá la bondad de seguirnos á los baños de Arlés, recientemente denominados de Amelia, en honor de una reina de los franceses.

A la orilla izquierda del Tech, torrente rápido y pinto-

PARTE SUPERIOR DE LOS BAÑOS DE AMELIA.



Quien quiera reposo, sol y aire puro
la habitación de Amelia
será sin duda, el puerto más seguro.

resco, nacen las catorce fuentes, cuyo grupo forma los baños de Amelia, famosas como específicos contra las afecciones herpéticas, reumatismos, humores escrofulosos y úlceras. Una entre otras (la fuente Manjolet) se bebe también, y produce efectos excelentes en las enfermedades de pecho. Generalmente son muy cálidas, y la más elevada en temperatura sube á los 61 del centígrado.

Los romanos, bañistas universales del antiguo mundo, conocieron y apreciaron esas aguas queridas de Esculapio: construyeron allí, no un templo, sino un establecimiento termal de proporciones colosales, y de maravillosa distribución interior. Todavía subsiste en el día, y compite en comodidades con otro establecimiento más moderno, cuya única ventaja es la de distribuir el agua mineral á cada piso de la casa, de modo que el cuarto del baño es una dependencia, y como un apéndice de la habitación del enfermo.

Por espacio de mucho tiempo se creyó que esas aguas contenían un hidrosulfato mezclado con ácido sulfúrico; pero ya está demostrado que no es así, y que el azufre solo existe en ellas en el estado de sulfuro de sodio, lo cual las hace á un mismo tiempo sulfurosas y alcalinas.

Se concibe muy bien que la presencia simultánea de principios tan divergentes, unida á la mezcla de otras sales, casi todas con base de sosa, hace la acción de esas aguas en extremo activa, y su uso muy complejo. De ahí la variedad, la multiplicidad de sus influencias curativas, y el gran número de afecciones á que pueden convenir.

En todas se encuentra, sea cual fuere el grado de su temperatura, una notable proporción de *baregina*. Esta sustancia azoada es la que da á todas las aguas sulfurosas naturales su untuosidad: se deposita en los estanques (en el fondo) en forma de una masa trasparente de hielo incoloro y poco consistente, que ofrece, dice un buen observador, mucha semejanza con el cuerpo vítreo del ojo. No se encuentra en ella señales de organización: sometida á la acción de un calor intenso, se carboniza y desprende vapores amoniacales.

Tal es la base constitutiva, con muy pocas variantes, de todas las aguas pirenaicas, y por consiguiente del manantial á que ahora nos dirigimos y al que no tardaremos en acercarnos.

Ya hemos enumerado sus principales propiedades: según esta uniformidad de bases, es lícito creer, que otros manantiales del mismo grupo, ó de la misma cavidad montañosa, pueden presentarlas en un grado, si no idéntico é igual, al menos aproximado. Pero lo que asegura, ó debería asegurar á esos manantiales, una grande superioridad sobre las aguas termales de la misma composición y del mismo género, es que en razón de la dulzura privilegiada y escepcional del clima de los baños de Amelia, pueden continuar usándose como las de Vernet, hasta la aproximación, y aun en medio del invierno; ventaja preciosa y decisiva en un número muy crecido de casos patológicos que no pueden ceder sino á un tratamiento prolongado y no interrumpido sobre los mismos sitios. Porque como dice el ilustre Bordeu, las aguas de Francia son como los habitantes de sus montañas: no dejan con gusto su patria, y cuando eso sucede mudan bien pronto de carácter.

Cierto número de enfermos pasa el invierno en los baños de Amelia como en Vernet, y no es ese el menor específico ni el menor mérito de esas aguas extrañas, en su boga naciente, ó por mejor decir, renaciente á toda fanfarronada industrial, á todo protectorado frívolo y á todo capricho de la moda.

«¿Pasar todo un invierno al pie del Canigú y debajo de la roca de Anibal? ¿Y por qué no, señorita?... No tembleis de miedo ni de frío: una primavera eterna florece entre esos peñascos pintorescos. El Canigú, ese gigante blanco de los Pirineos Orientales, cierra el paso á los vientos ásperos que agostan las flores y marchitan la tez. Estais como en España, ó poco menos. Brumario, pluvioso y ventoso no llevan allí sus escarchas. Esa agua cristalina, querida á Apolo, divinidad salvadora, es dulce para el corazón y para el pulmón. Al recobrar la salud os ahorrarais un invierno, ¿y qué invierno!»

«¿Pero y el fastidio?... Nadie se pone de mal humor en los baños de Amelia, aunque sea en invierno. ¿Teneis acaso en muy poco con esos sitios magníficos accesibles en todas las estaciones, esos ricos plantíos de olivos siempre verdes, es decir, siempre grises, esos campos fértiles que alimentan tantos arbustos cuidados con el mayor esmero, ese torrente, esos rostros, esos trages, esos usos catalanes, inmutables hace ya más de cuatro

siglos; y esas hermosas muchachas morenas, esos semblantes vigorosos, esos aspectos sombríos y esas costumbres catalanas; y ese puente de la Palalda cuya atrevida estructura y base peñascosa, recuerdan tan bien, como el sitio, el fa-

EL CANIGU.



Respetuoso doblo la rodilla,
y al pico del Canigú
mi saludo dirijo reverente

Me parece éste el lugar más oportuno para decir algunas palabras acerca del principio esencial mineralizador que se encuentra en todas las fuentes termales pirenaicas, lo mismo en Vernet y los baños de Amelia, que en Canterets y en Bares.

moso *El-Kantara* de Constantina; y la roca de Anibal que parece siempre pronta a sepultarse con su caída, pero que muy distante de realizar tan fúnebre desafío, hace brotar de sus laderas un manantial de regeneración y de vida; y el valle de Montalba, y las riberas del Mondoni, y mil y mil maravillas de una naturaleza primitiva, grandiosa, severa, y sin embargo graciosa, que por esta vez, como podeis juzgar por vos misma, no tiene nada de los torrentes, de los valles, de las casitas, de las posadas y de los parques de la ópera cómica?

Si esta rápida reseña, que podría desarrollar hasta lo infinito, no os conmueve, quizá encontréis un poeta que lo consiga. Leedle: buscad en las poesías varias de Mr. Desabes, antiguo diputado, la larga composición que dedica a los baños de Amelia, y si no os enterneceis será porque sois tan rebelde a Apolo Febo, como a Apolo médico. Inspirar un antiguo diputado, y aun (el poeta mismo nos lo dice) un antiguo notario, no es mérito escaso. El poema de Mr. Desabes, respira no solo el gozo de un enfermo que ha recobrado la salud, sino el entusiasmo juvenil de un alma formada para extasiarse con los grandiosos cuadros de la montaña, no con los mezquinos sainetes de la curia y de la política, y que ha roto para siempre la doble y pesada cadena de la legislación y del notariado. Esa monografía puede llamarse con justo título un estudio de la naturaleza. Podríamos encontrar en ella censurables algunas inesperecias de una lengua que es necesario casi deletrear, cuando con rauda vuelo lírico se pretende elevarse al Canigó de los poetas. Pero el cantor de los baños de Amelia, no tiene seguramente miras tan altas: en su asunto no ha buscado mas que una distracción poética, y no ha tomado prestada la lengua de los dioses mas que para iniciar a los débiles y miseros mortales en los encantos naturales y las propiedades higiénicas de un terreno y de un manantial muy poco apreciados por nosotros y por los antiguos. El poeta ha conseguido su objeto, y el que le lea, como nosotros, se sentirá inclinado a marchar, sea en abril, julio, agosto ó diciembre, a esos peñascos en donde la vegetación es tan viva, el invierno tan suave, la vida tan buena y uniforme, la tranquilidad tan profunda, y la curación tan fácil.

Nos parece inútil añadir, que las aguas de los baños de Amelia, son poco turbulentas, y tan mansas y apacibles, como lo es poco el torrente que las fertiliza. Ni el cotillon ni el juego ocupan allí el lugar preferente, y los puntos tienen que encaminarse a (Hamburgo) Hombourg ó Aix, en Saboya, si el banquero se encuentra allí. Las piernas jóvenes, que las hay en los baños de Amelia, se mantienen vigorosas y contentas trepando por los picos del Canigó, ese *monarca de los aires*, y las masas graníticas que marcan el límite de los dos países vecinos. En cuanto a la vejez, que nuestra conciencia de historiador escrupuloso nos obliga a convenir en que es allí la predominante, encuentra en los cuidados admirablemente entendidos de que la rodea el arrendatario de las aguas, compensaciones mas que suficientes de la falta de placeres vivos, inútiles en esa edad, aunque no odiosos, como lo acredita la historia de Susana, episódicamente recordada, (bajo la influencia del baño sin duda) por el poeta de Amelia, y aun sin que haya necesidad de remontarse hasta la Biblia. Un ingenioso é inmenso calorífero conduce las aguas a cada habitación del bañista: el invierno, ese otro anciano melancólico, es expulsado de allí para dejar el puesto a la primavera, al vapor.

Un corredor abrigado, conduce a la galería que corona los baños, en donde reina en todo tiempo una atmósfera suave, mezclada de emanaciones sulfúreas: aquel es el paseo de los bañistas cuando llueve ó hay nieblas.

Cuando en el horizonte,
la estrella de la noche palidece

álzase de la mesa
el viajero, y trasladase á otra estancia.

Después de la acalorada discusión de rigor sobre el

LA ROCA DE ANIBAL.



Deforme roca que se admira tanto
de aspecto amenazante
imagen del respeto y del espanto.

31 de mayo y la revision, se preparan cuatro mesas de juego:

El hombre melancólico prefiere
el divertido *wist*,
y el juego favorito
del viejo y pensador legitimista,
fue el ajedrez austero;
en eternos combates
la reina, cortesanos y soldados,
temibles baluartes,
todo espira y sucumbe....
muere por el imperio.
Del *ecarté* ven otros las delicias.

.....
juegos todos de mero pasatiempo,
do la plata y el oro no circulan;
lugares ignorados
para el taur que busca la estrategia.

PUEBLO DE PALALDA.



Un fantástico ser, raro y grotesco,
un puente caprichoso,
y sin embargo, todo es pintoresco.

Sigue el concierto de aficionados.

Al estrépito que aturde el pavimento
sucede un silencio repentino,
una mano ligera se pasea

por una tersa plancha.
El ondulante céfiro recorre
en sonos armoniosos el espacio
que hiriendo encantan mis oídos.

Forzoso es convenir en alabanza de nuestro poeta, legislador y bañista, que Delille no hubiera hablado mejor. Un poco mas lejos se burla agradablemente de esa multitud de enfermos dandys ansiosos de goces:

Los que quieran hallar en precipicios
bailes, conciertos, actrices y pintores...

pretension bastante ridícula en efecto.

Suplicamos al lector se sirva tener la pintura por autentica, si no con respecto á nosotros, bajo la palabra al menos de Mr. Desabes.

Los otros manantiales principales de los Pirineos Orientales, son el Vernet ya citado, Escaldac ó Cerdaña, útil en las afecciones cutáneas: Molitg, cuya propiedad es análoga: Vinza, buena como bebida en las afecciones crónicas de pecho: la Berte, especial contra las enfermedades de los riñones y de la vejiga: Ax, mas rico que Baresges en principios sulfúreos y en volumen de agua: y Ussat, en el Ariège, empleada con buen éxito en las afecciones nerviosas.

Terminaremos anunciando, bajo la garantía de nuestro poeta, que

Imponiéndose Francia sacrificios
levanta innumerables edificios.

Está muy bien hecho: esos vastos edificios serán un hospital en donde los soldados veteranos y los heridos del ejército, irán, á espensas del ministerio de la Guerra, á reponerse de sus gloriosas fatigas, y cerrar sus honrosas cicatrices.

Aplaudiremos con Mr. Desabes este buen pensamiento, merced al cual nos complacemos como él en esperar que puesto que

Conociendo el gobierno su valor
estos baños recobran su esplendor.

No tenemos ¡ay! mas que la piedra de una humilde prosa que llevar á esa obra filantrópica, pero la damos de todo corazón.

Estadística.—Bibliografía.

DE LA IMPRENTA EN EL SIGLO XV, Y DE LA PROPAGACION DE ESTE ARTE POR LAS VARIAS PARTES DEL MUNDO.

(Continuacion.)

Ham Conrado Gauslinch, sucesor de Faust y Gutenberg, y socio de Pedro Schaeffer, habia enviado una gran cantidad de libros á Herman Staterem, paisano suyo y alumno de la Sorbona, á fin de que procurase despacharlos. Herman no pudo dar entero cumplimiento á su comision, y murió dejando una gran parte de libros sin vender. El rey queria que el fisco se apoderase de ellos por derecho de sucesion: la universidad, instigada por los operarios maguncianos, se opuso á ello, y el negocio fue llevado ante el parlamento. La universidad, instigada, decia que todos los libros estaban ya vendidos á los escolares, y los ejecutores testamentarios alegaban que, no perteneciendo aquellos libros á Herman, no podia el fisco apropiárselos. El parlamento decidió que los libros serian devueltos á los súbditos del rey que justificasen haberlos comprado, y que los restantes tocaban al rey como confiscados á unos vecinos de Maguncia, ciudad aliada del duque de Borgoña. Mas Schaeffer y su asociado hicieron que interviniese en el asunto el emperador de Alemania, y fue levantado el embargo. En virtud de tales recomendaciones, y

en consideracion igualmente á la pena y al trabajo que se habian tomado los esponentes durante una gran parte de su vida por el arte y la industria de la impresion de la escritura, visto el provecho y utilidad que de ahí debía resultar á la causa pública, tanto por el aumento de la ciencia como por otras varias razones, Luis XI, príncipe muy generoso, tuvo á bien mandar entregar á Schæffer y á Gauslinch, por el importe de sus libros, la cantidad de 2,420 escudos de oro.

Alcanzado este primer triunfo, los artistas maguncianos publicaron como muestra de sus trabajos una obra titulada *Gasparini Barcini pergamensis epistola* (1470); después imprimieron el *Speculum vite humane* de Rodriguez, obispo de Zamora (1475) y en seguida la Biblia. Pedro Caron, librero establecido en la calle de Quinpanposi, al presenciar el feliz éxito de aquellas publicaciones se decidió á publicar una obra en el idioma natural que era el *Agujón del amor divino de San Buenaventura*, traducido al francés (1475); después siguieron las *Grandes crónicas de San Dionisio*, las cuales dieron una alta importancia á la prensa francesa (1476).

No por esto se crea que la Alemania quedase privada del privilegio de su descubrimiento; la imprenta extendió vigorosas ramificaciones en Banberga, Colonia, Ausbourg y Strasbourg, envenecida aun de poseer la casa en que Gutenberg hiciera sus primeros ensayos. (En Thiergarten). Utrich, Zell y Pfister ejercían el arte en Colonia con éxito felicísimo. Juan Mentlein, uno de los primeros discípulos de Gutenberg, publicó en Strasburgo (1475), la grande *Enciclopedia* de Vicente de Beauvais, en diez volúmenes en folio; Enrique Becktermucce de Maguncia se estableció á pocas millas de su ciudad nativa en Etrill, en el Rheingau, y daba á luz un *diccionario latino alemán* del que se hicieron tres ediciones sucesivas, resultado verdaderamente prodigioso atendida la época; y á fines del siglo XV, Banberga, ciudad insignificante, se glorificaba de haber publicado trescientas obras hebreas. Juan Aucherach, uno de los quince héroes de la imprenta, según Zuinger, fué á establecerse en Basilea, al mismo tiempo que Juan Shell llamado á Stocolmo por Stenon Sture, imprimía el *Dialogus creaturum moralisatus* (1485).

La floreciente industria de los Países Bajos no tardó en atraer á su seno á los adeptos del nuevo arte. Juan de Westfalia y Teodoro Martens que fueron los primeros en presentarse (1472), publicaron juntos un libro de moral titulado *liber predicabilium*. Juan de Westfalia se estableció en seguida en Lovaina en el mismo palacio de la universidad, *in florentissima universitate residentem*. Este artista, condecorado con el título de *magister artis impressoræ*, la ejerció desde 1475 á 1497 y publicó ochenta obras distintas. Martens escogió á Alost para su residencia, y el esmero que puso en la publicación de las obras le valió, de parte de Felipe I, el título de *prototypus regius*. El primer libro impreso en Bruselas es del año 1476, y se debe á una comunidad religiosa encargada de la educación, y conocida con el nombre de hermanos de la vida común. Este libro es el *Gnosolitos* de Arnolde de Roterdam. La España, bajo cuya dominación se hallaban á la sazón los Países Bajos, se distinguió por la producción de un libro original publicado en Valencia (1474). Era un poema sobre la concepción de la Virgen, compuesto de un modo didáctico por treinta y seis poetas diferentes.

Ya está visto: nada es capaz de detener la marcha progresiva de este arte, ni las distancias, ni las dificultades de la empresa, ni el profundo encono de los copistas que por do quiera sublevaban al populacho contra los innovadores. William Caxton, agente particular de la compañía de los mercaderes de Londres en los Países Bajos, tuvo la gloria de introducir la imprenta en Inglaterra (1474). Aunque extraño en el arte, convenciéndose de toda su importancia, y durante su permanencia en Flandes procuró enterarse de todos los procedimientos de la tipografía. El abad de Westminster le permitió montar sus prensas, las primeras que se pusieron en actividad en Inglaterra en la capilla de Islip, edificada dentro del recinto de su monasterio. El *juego de ajedrez moralizado* que Caxton tradujo del francés al inglés fué el primer producto de aquel establecimiento (1475). De este modo reunía Caxton á un tiempo las calidades de autor, impresor y editor. Cuando estuvo en Colonia (1469) había traducido al inglés por orden de Margarita, hermana del rey de Inglaterra y nuera del duque de Borgoña, una obra titulada *Colección de historias troyanas*, escrita en francés por Raul Lefevre, capellan del duque de Borgoña. En 1477 publicó las sentencias y máximas traducidas del latín por lord River. De esta suerte se halló definitivamente establecido en Inglaterra el arte de la imprenta. Desde 1477 hasta 1490, época de su muerte, Caxton dió á luz sesenta y cuatro obras distintas. Su sucesor Wynkyn de Worde publicó cuatrocientos ochenta desde 1495 á 1534. Roberto Wynson, que fué el primero que tomó el título de *impressor del rey*, imprimió durante la misma época mas de ochocientos obras, y finalmente, Juliano Notary publicó veinte y tres de 1499 á 1503.

No estenderemos nuestras investigaciones sobre los progresos de la imprenta mas allá del siglo XV, porque este es el límite que nos hemos impuesto. Únicamente hemos querido dejar consignado un testimonio del grandioso vuelo que tomó este arte durante los primeros años de su descubrimiento, porque la rapidez de sus adelantos no tiene otro objeto en la historia de las artes: ninguna otra invención en tan corto tiempo ha recorrido una carrera tan brillante. En los primeros años del siglo XVI continúa su marcha ascendente, pero se presenta menos notable. En 1509 penetra la imprenta en Escocia; Tribuck no comenzó en Cambridge sus primeros trabajos hasta 1521, y los primeros ensayos de este arte hechos en Dublin, solo fechan de 1521, época en que se dió á la luz pública la *Vida del monge Gottescalc*. El sacerdote Juan Matisco llevó una tipografía á la Islandia en 1520, y en 1564 se publicó en Moscú la primera obra, las *Actas de los apóstoles*, bajo la dirección de Ivan Tedorowich y de Pedro Timofeyev. Bastenos saber que á fines del siglo XV mas de cien ciudades en Europa gozaban del inapreciable beneficio de la imprenta. He aquí un estado bastante exacto.

Estado que demuestra por orden cronológico las principales ciudades de Europa en que fué introducida la imprenta en los últimos años del siglo XV.

1457. Maguncia.	1468. Venecia.
1465. Subiac.	1469. Paris.
1467. Roma.	— Milan.
— Colonia.	— Augsburgo.

1470. Strasbourg.	1481. Leipsik.
— Etrill.	— Lisboa.
— Bamberg.	1482. Aquileia.
— Verona.	— Erfurt.
1471. Bolonia.	— Pasau.
— Ferrara.	— Viena (Austria).
— Pavia.	1485. Troyes.
— Florencia.	— Ruan.
1472. Mantua.	— Saint-Brieuc.
— Parma.	— Macdeburgo.
— Pádua.	— Estokolmo.
1475. Lion.	— Harlem.
— Mesina.	— Leida.
— Ulma.	— Gante.
— Lovaina.	1484. Rennes.
1474. Utrech.	— Brescia.
— Turin.	— Pisa.
— Génova.	— Chambery.
— Basilea.	— Bolonia.
— Alost.	— Viena.
— Lóndres.	— Rimini.
1475. Lubeck.	1485. Heidelberg.
— Modena.	— Ratisbona.
— Plascencia.	1486. Toledo.
— Barcelona.	— Abbeville.
— Zaragoza.	1487. Besançon.
1476. Brujas.	1489. Surdenaer.
— Delit.	1490. Orleans.
— Sevilla.	1491. Hamburgo.
— Bruselas.	— Angulema.
1477. Augers.	— Dijon.
— Dewinter.	1493. Cluny.
— Guda.	— Nantes.
— Palermo.	1494. Copenhague.
— Viena (Francia).	1495. Limoges.
1478. Ginebra.	1496. Provins.
— Oxford.	— Pamplona.
— Praga.	— Tours.
— Chablis.	1497. Avignon.
— Amberes.	1499. Frequier.
1479. Tolosa.	1500. Cracovia.
— Nimega.	— Perpiñan.
— Poitiers.	— Amsterdam.
1480. Caen.	— Munich.
— Salamanca.	— Olmutz.
— Soncino.	—

Demos ahora una ojeada sobre las diferentes tentativas que se han hecho á fin de propagar la imprenta fuera de Europa.

Los españoles y portugueses establecieron prensas en Goa, las Filipinas y América; el primer libro impreso en el Nuevo Mundo vió la luz pública en Méjico en 1571. Lima mas adelante produjo su obra maestra. En 1577 los europeos publicaron en la costa del Malabar la *Doctrina cristiana de Giovanni Gonzalez*. En la América del Norte en el colegio de Cambridge, situado cerca de Boston, fué donde comenzaron los primeros ensayos de este arte (1639), de que se hace en el día tan grande uso en los Estados Unidos. Cuando Boston tuvo una imprenta era ya en 1674, y Penn la introdujo en Filadelfia en 1689. En el Brasil, Juan VI, expulsado de Portugal, fué el que planteó el primer establecimiento tipográfico en Rix (1808). Legum de Ceciques, Ukavi-Ghersom estableció á fines del siglo XV una imprenta en Constantinopla, ciudad que podemos considerar mas bien como perteneciente al Asia que á la Europa, mayormente cuando se trata de la imprenta; publicó, dicen, diferentes obras hebreas hasta 1539, aserto quizá algo aventurado, pero no por eso es menos cierto que en 1515 se restableció en Constantinopla un edicto de Bayaceto II, el cual prohibía bajo pena de muerte el uso de los libros impresos. (Se continuará.)

Curiosidades históricas.

DE LAS PENAS Y DE LOS SUPPLICIOS.

(Conclusion).

Se ve, pues, cuán poco fundado era el orgullo del doctor Guillotin, cuando el 1.º de diciembre de 1789, esponsor en la Asamblea nacional, de que era miembro, el plan y los efectos de la máquina que ha conservado su nombre, y pronunciaba con aire de triunfo esta frase que ha llegado á ser célebre: «Yo, con mi máquina, os hago saltar la cabeza en un abrir y cerrar de ojos, y no padecéis.»

La pérdida de los ojos, de la nariz, de las orejas, de los miembros, la mutilación, fué, no solo en la antigüedad sino en la edad media, un suplicio que se imponía con mucha frecuencia: la historia bizantina y la carlovingiana suministran numerosos ejemplos de arrancar los ojos (1).

Era tan común el que las autoridades eclesiásticas impusiesen la mutilación, aun por faltas leves, que muchos concilios se vieron en la necesidad de prohibir ese suplicio. El canon XV del concilio de Mérida, en 666, priva á los obispos y á los sacerdotes del derecho de mutilar á los sirvientes de las iglesias; y el canon VI del concilio de Toledo, en 675, al prohibir á los obispos el juzgar por sí mismos las causas en que hubiese de recaer sentencia de pena corporal, les vedaba la mutilación de miembros, aun en los siervos de su iglesia. Los contraventores debían ser depuestos, incurrian en excomunión, y quedaban privados de comunión hasta la muerte. El canon XVIII del concilio de Francfort-sur-Mein, en 794, prohibía á los abades sacar los ojos ó mutilar á los monjes, cualesquiera que fuesen las faltas que hubiesen podido cometer.

El artículo 67 de las leyes de Guillermo el Bastardo, se halla concebido en estos términos: «Prohibimos matar ó ahogar al criminal sea el que fuere: pero se le arrancarán los ojos, se le cortarán los pies, ó las partes genitales, ó las manos, para que no quede de él mas que un tronco viviente en memoria de su crimen (2).» Según la costumbre de Aviñon

(1) Véase á du Cange.—En el siglo XII, Enrique, uno de los de la servidumbre de Luis VI, conspiró contra aquel príncipe, y por un exceso de indulgencia, fué condenado á perder los ojos y los órganos de la generación.

Suger, *Vida de Luis el G. rdo.*

(2) Citado por M. Michelet, pag. 375.

de 1245. El testigo falso era condenado á perder la nariz y los labios hasta dejar descubiertos los dientes. En Suiza se imponía el mismo castigo á los blasfemos, que en Francia eran también castigados muy rigurosamente.

El autor de los *Misterios de Paris* ha tenido en su novela la idea singular de proponer que se reemplazase la pena de muerte con la de pérdida de vista, y ha anunciado que espondría su nuevo sistema penal, en un artículo de la *Revista de los dos Mundos*, artículo que no ha llegado á ver la luz pública. Si su sistema prevaleciese alguna vez, los desgraciados á quienes un vicio de conformación, una enfermedad ó un accidente hiciesen perder la vista, se verían obligados para distinguirse de los malhechores, á proveerse de un certificado análogo al del gramático árabe Zamakhshari, que murió en 1144.—Este escritor perdió un pie por haberse helado en el Kharism, y llevaba siempre consigo una certificación de aquel hecho firmada por un gran número de personajes de la mayor consideración, para que no se sospechase que había cometido algún crimen, en castigo del cual le habrían cortado el pie.

Los cuerpos, ó por lo menos las cabezas de los ajusticiados, sobre todo si eran personajes de distinción, permanecían expuestos por un tiempo mas ó menos largo. En 1526, el anciano Hugo Spenser, favorito de Eduardo II, á pesar de sus noventa años fué condenado á muerte y ejecutado en Bristol: su cabeza fué enviada á Lóndres, y su cuerpo, cortado en cuatro pedazos, fué remitido á las principales ciudades de Inglaterra (1). Las cabezas de los condes de Horn y de Egmont, decapitados en Bruselas en 1568, fueron colocadas en unas palanganas, y expuestas al público durante dos horas (2).

«Era yo todavía niño, dice d' Aubigné (3), cuando pasando mi padre por Amboise en un día de feria, vió las cabezas de sus compañeros de conspiración, que todavía se conocían, clavadas en unos maderos; y se conmovió tanto, que exclamó entre setecientas u ochocientas personas que allí habia: «¡Los verdugos han decapitado á la Francia!» Y luego aplicó las espuelas á su caballo. Yo le seguí también con mi corcel, porque habia observado en su semblante una emoción extraordinaria, y habiéndome reunido con él, me puso la mano en la cabeza y me dijo: «Hijo mío, no debes economizar tu cabeza despues de la mia, para vengar á esos gefes llenos de honor, cuyas cabezas acabas de ver: si no espones la tuya, te acompañará mi maldición.» Aunque nos acompañaban veinte caballos, nos costó mucho trabajo librarnos de las manos de aquel populacho, que se agitó al oír tales espresiones, y se preparó á maltratarnos.»

Cuando Saint Preuil, mariscal de campo y gobernador de Arras, fué decapitado en Amiens el 9 de noviembre de 1641, una muger de Paris, que se dice fué en otro tiempo su patrona, subió al cadalso con un paño mortuorio con el cual envolvió el cuerpo y la cabeza: pero al bajar el cuerpo, la cabeza volvió á caerse en el patíbulo, la recogió, la puso en su vestido, y bajándose de allí, la puso en el paño con el cuerpo, que fué colocado en un coche (4).

Hablemos ahora de algunos otros géneros de suplicios. He aquí en que consistía entre los antiguos persas el de las *artestas*.

«Se toman, dice Plutarco, dos artesas, hechas á propósito, tan exactamente iguales que la una no esceda á la otra ni en lo largo ni en lo ancho: en una de ellas tienden de espaldas al que quieren castigar, y luego le cubren con la otra: ambas las unen perfectamente, pero los pies, manos, y cabeza del paciente quedan fuera por unos agujeros hechos espresamente: el cuerpo queda cubierto y encerrado en lo interior. Le dan de comer todo lo que quiere, y si se obstina en no comer, le obligan á ello picándole los ojos con unos punzones: cuando ya ha comido le dan á beber miel disuelta con leche, y no solo se la echan en la boca, sino que se la deraman también por el rostro, volviéndole de modo que el sol le dé siempre en los ojos: de suerte que siempre tiene la cara llena de moscas; y como dentro de las artesas tiene que hacer las necesidades forzosas del hombre que come y bebe, la inmundicia y podredumbre de los excrementos llega á engendrar gusanos que le roen todo el cuerpo. Cuando el paciente ha muerto, desclavan y levantan la artesa, y encuentran la carne comida por los insectos que se engendran hasta en las entrañas. Mitridates murió en esa especie de pena, despues de haber sufrido todos sus tormentos por espacio de diez y siete dias (5).»

En Persia, según el mismo historiador, los envenenadores eran castigados del modo siguiente: les hacían poner la cabeza sobre una piedra lisa, y con otra piedra se la apretaban y golpeaban hasta que se la aplastaban y reducían á pedruzcos muy pequeños. (Ibid. cap. XXV.)

Cuando los disturbios de los iconoclastas en tiempo del emperador Teófilo, (hacia 856), quemaban con barras de hierro candente las manos de los que se ocupaban en pintar imágenes. Dos monges, Teodoro y Teofanes, fueron desde Jerusalem á Constantinopla para sostener su dogma: el emperador los hizo comparecer ante él, y despues de haber discutido con ellos, hizo que les marcasen en la frente signos jámicos, cuyo sentido era, que aquellos malvados, arrojados de la Palestina por sus crímenes, se habían refugiado en Constantinopla, de donde se los desterraba por nuevas maldades.

En el momento en que, en 1209, Juan sin Tierra fué excomulgado por Inocencio III, Godofredo, archidiacono ó arcediano de Norwich, cometió la imprudencia de decir que no era conveniente á los beneficiados el ser por mas tiempo oficiales ó empleados de un príncipe excomulgado: llegaron á oídos del rey aquellas espresiones, y mandó reducir á prisión al arcediano. «Luego, pasados algunos dias, dice Mateo Paris, hizo que le cubriesen con una chapa de plomo, y el desgraciado sucumbió, estenuado á la vez por el hambre y por el peso de semejante carga.»

(1) Véase á Froissart, lib. I, cap. XXIV.

(2) Brantome, en la *Vida del conde de Aiguemont*, ha dado muchos pormenores á cerca de su suplicio. Refiere que la ejecución se hizo detrás de una cortina, y que los cuerpos cayeron por una trampa debajo del cadalso.

(3) *Memorias*, edic. del Panteon, pag. 473. Los recuerdos de d' Aubigné se han enajenado en cuanto á la fecha de este hecho, que supo ne pasó en 1538. La conspiración de Amboise no tuvo lugar hasta 1570. (4) *Diario de Richelieu*; 1664; segunda parte, pag. 187.—La muger de que se trata era una vivandera llamada la de Ricz, á la que des iteaux ha dedicado una historieta (núm. 335, tom. IX, pag. 223).

(5) Plutarco, *Vida de Artaxerxes*, cap. XX, traduc. de Amyot, edición de Clavier, tom. VIII, pag. 447.

En 1294, dice Guillermo de Nangis, el conde de Acerra, en la Pulla, a quien Carlos, rey de Sicilia, había confiado la custodia de su condado de Provenza, habiendo sido acusado y convencido de execrable sodomita y de traidor a su señor, fué, por orden del mismo rey, atravesado con un hierro hecho ascuá, desde el ano hasta la boca, y en seguida entregado a las llamas. Este es uno de los rarísimos ejemplos del suplicio de empalamiento entre los europeos.

El juicio del *pan fuerte y duro*, dice un escrito anglo-normando, consiste en poner al condenado en una habitación baja y cerrada, sin permitirle colchón, manta ni ninguna otra ropa de cama, teniendo que yacer de espaldas en el suelo, atado cada brazo con una cuerda a las dos esquinas ó ángulos de la pieza, y lo mismo las dos piernas a las otras dos, poniendo sobre su cuerpo tanto hierro y piedras como sea posible. El primer día se le darán tres pedazos de pan de muy mala calidad, sin ninguna agua para beber: el segundo día beberá toda el agua que pueda proporcionarse de la que habrá próxima a él en su encierro, pero no se le dará pan alguno, y así continuará hasta que muera. (Stanford, libro II. *Placitorum coronae*, cap. LXII, citado por du Cange. Véase *Panisfortis*.)

A fines del siglo XVI todavía había en Inglaterra un suplicio conocido con el nombre de *pena fuerte y dura*, que ofrece alguna analogía, aunque remota, con el del *pan fuerte y duro*. He aquí la descripción que hace de él un testigo ocular citado por Lingard. Se trata de la muger de un rico ciudadano de York, llamada Margarita Middleton, que el 25 de marzo de 1586, fué condenada a muerte por haber recibido a un sacerdote católico en clase de director ó preceptor.

Después de haber hecho oración, uno de los sheriffs mandó a los ejecutores que la desnudasen. Ella y sus cuatro criadas le suplicaron de rodillas que la dispensase por decoro y en atención a su sexo, pero no quiso acceder. Entonces rogó a los verdugos la permitiesen que la desnudasen sus criadas, y que durante aquella operación, volviesen la cara hacia otra parte. Las criadas la quitaron los vestidos y la pusieron una especie de bata muy larga: en seguida se tendió sosedadamente en el suelo, tapada la cara con un pañuelo, y la mayor parte del cuerpo con la bata. Pusieronla encima una tabla y se llevó las manos hacia el rostro, pero el sheriff la dijo: es necesario ataros las manos: entonces dos alguaciles la separaron las manos y se las ataron a dos postes, después de lo cual pusieron pesas sobre la tabla, y en cuanto las sintió, gritó ¡Jesus!... ¡Jesus!... ¡Jesus!... tened piedad de mí... últimas palabras que se la oyeron pronunciar. Tardó cerca de un cuarto de hora en morir. Debajo de su espalda habían colocado una piedra angular del grueso del puño, y sobre el cuerpo pusieron setecientas u ochocientas pesas, que rompiéndola las costillas, las hicieron salir fuera de la piel (1).

En tiempo de Jacobo I, un gefe de highlands, en el condado de Ross, llamado Mac-Donald, había robado a una pobre viuda, que en su desesperación había gritado repetidas veces que iría a pedir justicia al rey, aunque tuviese que ir a pie hasta Edimburgo. «Es un viaje muy largo, la contestó el bandido, y para que podáis emprenderle con mas comodidad, será preciso que os haga herrar. En efecto, envió a buscar un herrador, que por su mandato clavó los zapatos en los pies de la pobre muger, como se ponen las herraduras a los caballos. Pero la viuda era obstinada, y en cuanto sus heridas la permitieron andar, marchó a pie a Edimburgo, y se arrojó a los pies de Jacobo, esponiéndole el tratamiento indigno que había sufrido. El monarca irritado, mandó prender a Mac-Donald, y a doce de sus principales aliados ó confidentes y les hizo clavar en los pies unas planchas de hierro como si fuesen suelas: en ese estado fueron espuestos en la plaza pública durante tres días y después ejecutados (2).

Esos horribles suplicios no eran nada comparados con los tormentos que se hacían padecer a los grandes criminales. He aquí, por ejemplo, como fué tratado Baltasar Gerard, que el 10 de julio de 1584 asesinó en Delft a Guillermo I de Nassau, príncipe de Orange.

Primeramente, dice Brantome, sufrió el tormento ordinario y extraordinario mas cruel, sin proferir una palabra, y persistiendo siempre en su dicho. Antes de morir, fue martirizado cruelmente por espacio de diez y ocho días. El primero le condujeron a la plaza, en donde había una caldera de aceite hirviendo, en la cual le introdujeron el brazo con que había asestado el golpe. Al día siguiente le cortaron el mismo miembro, que habiendo caído a sus pies, le apartó con uno de ellos con el mayor ánimo y le arrojó al suelo desde lo alto del cadalso. El tercer día fué atenaceado en el pecho y brazo: el cuarto fué atenaceado por la espalda, en el brazo y en las nalgas. Así fué consecutivamente martirizado aquel hombre durante diez y ocho días, y siempre le volvían a la prisión después de sufrir su martirio con asombrosa constancia. El mayor que tuvo que padecer, si se exceptúa el de la muerte, fué el de ser atado completamente desnudo en medio de la plaza; al derredor colocaron muchas seras de carbon al cual prendieron fuego, y el pobre paciente estuvo tostandose largo tiempo: entonces perdió ya el sufrimiento, gritó y le quitaron de allí. Por fin, fué puesto en la rueda y claveteado, mas sin embargo no murió, porque solo le habían descoyuntado las piernas y el brazo, para prolongar sus padecimientos: todavía vivió mas de seis horas, y pidió un poco de agua para beber, pero no se la dieron. Por último, pidieron al lugarteniente criminal, que le mandase rematar para que no desesperase y se perdiese su alma. Se presentó, pues, el verdugo, y en cuanto estuvo junto a él, le preguntó cómo se sentía, y le contestó: como tú me has dejado. Pero habiendo sacado la cuerda para echársela al cuello, se levantó, y como si tuviese temor a la muerte que hasta entonces no había manifestado (lo cual observaron muchos en él como una cosa extraña), dijo al verdugo. Déjame, ¿me quieren martirizar todavía? ¡Déjame morir así!... fué en seguida estrangulado y de ese modo concluyó su vida. Esos tormentos hacen estremecer: el noble que presencié todo eso así me lo ha referido, y las mismas noticias circularon por Paris. La verdad estará en su lugar y a ella me refiero (3).

El espectáculo de esas frias atrocidades, que se perpetua-

ron hasta fines del siglo último (1) llenaban de indignación a Montaigne.

«Todo lo que escuda de la muerte sencilla, dice en sus *Ensayos*, me parece una pura crueldad, especialmente entre nosotros que debemos mirar con sumo respeto a las almas, y procurar enviarlas en buen estado, lo cual no es posible, agitándolas con tormentos insostenibles. Yo aconsejaria que esos ejemplos de rigor, por medio de los cuales se trata de mantener al pueblo en su deber, se ejerciesen únicamente en los cuerpos de los criminales. Porque el verlos privados de sepultura, asados y descuartizados, casi haria mas impresión en el ánimo del vulgo, que las penas que se hacen sufrir a los vivos. Un día presencié casualmente en Roma, el acto de descuartizar a un famoso ladrón llamado Catena: le estrangulaban sin que la multitud manifestase el menor enternecimiento, pero cuando se comenzó la operación de cortarle los miembros, el pueblo prorumpia en lamentos a cada golpe que daba el verdugo, y cada uno proferia una exclamación como si se hallase poseído de un pesar profundo. Esos excesos de inhumanidad deben ejercerse contra la materia inerte, de ningún modo con un ser animado (2).»

Ya en el siglo V San Agustín combatía con energía el uso de los tormentos por medio de los cuales procuraban los jueces descubrir la verdad. Su voz fué desatendida, y no creemos que se elevase ninguna otra en la edad media. En el siglo XVI, en una época de crímenes y de desórdenes, en que la vida del hombre se apreciaba en muy poco, Montaigne fué también el primero que tomó la defensa de la humanidad.

«La invención de las torturas, decia, es muy peligrosa, y mas bien parece un ensayo de paciencia que de verdad. El que las puede sufrir oculta la verdad, y lo mismo el que no tiene tanta resistencia. Porque ¿qué razón hay para que el dolor haga confesar una cosa u otra? Y por el contrario, si el que no ha hecho aquello de que se le acusa, es bastante sufrido para soportar esos tormentos, ¿por qué no lo será el que lo ha cometido, siéndole propuesto un galardón tan precioso como el de la vida? Yo opino que el fundamento de esa invención proviene de la consideración del esfuerzo de la conciencia. Porque en el culpable parece que ayuda a la tortura, para hacerle confesar su falta, y que le debilita; y que por otra parte da fortaleza al inocente contra la tortura. Pero en verdad, es un medio muy incierto y arriesgado: ¿qué no se dirá y hará por evitar tan graves y agudos dolores?

«Etiam innocentes cogit mentiri dolor.

«El dolor tambien obliga a mentir a los inocentes.

«Lo que sucede es, que al que un juez ha puesto a cuestion de tormento para que no muera inocente, le hace morir inocente y atormentado. Mil y mil han hecho revelaciones falsas: muchas naciones menos bárbaras en eso que la griega y la romana, a pesar de que estas las llaman así, tienen por horrible y cruel atormentar y destruir a un hombre, de cuya falta todavía se duda. ¿Cuán fatal es vuestra ignorancia! ¿Cuán injustos sois los que por no matar a otro sin motivo, le hacéis sufrir mas que la muerte! (2)»

Tal era, a fines del siglo XVI (3), el lenguaje noble de un pensador eminente; pero han sido necesarios cerca de tres siglos, y la proximidad de una revolución social, para que desapareciesen las atrocidades que durante tan largo tiempo han acompañado a los procedimientos judiciales en materia criminal. Fácil es calcular cuanta importancia las darian los tribunales, al ver en 1610 ocupado al parlamento en discutir acerca de las crueles torturas que debían aplicarse a Ravallac. Aquella deliberación ofreció un incidente bastante curioso que refiere así l'Estoile.

«Se propuso entre otros el tormento de Ginebra, tormento tan terrible y cruel, que se dice que jamás le sufrió un criminal, sin que se viese obligado a hablar. Hubo divergencia de opiniones: los mas antiguos, y por consecuencia los mas sabios y los mejores, lo aprobaron: otros tímidos, vacilantes, y prontos a variar de opinion, no dijeron nada de provecho. Hubo muchos que manifestaron, aunque con poca oportunidad (como si en aquel caso no se tratase mas que del homicidio ó asesinato de un particular), que era cosa inaudita y contra las formas ordinarias del tribunal, el servirse de torturas extraordinarias y extranjeras, y mendigar de sus vecinos lo que poseían en Francia abundantemente, pues gracias a Dios, no faltan allí instrumentos tan buenos como los suyos, para arrancar la verdad a los que no quisiesen decir la. Algunos, aunque pocos, a quienes no podemos llamar necios y gansos, apoyándose en la religión, dijeron, que aun cuando la invención fuese la mejor del mundo, puesto que provenia de los herejes de Ginebra, no podia ser útil y debía desecharse (3).»

Los tribunales de justicia no se separaron jamás de ese rigor cruel, que hizo dar a los miembros de uno de ellos el nombre de *carniceros de la Tournelle*. En la segunda mitad del siglo XVII, varios reales decretos, entre otros el de 1670, establecieron las formalidades que debían observarse, cuando un acusado era sometido a la cuestion. En 1697 un auto acordado del parlamento de Paris, de 18 de enero, reformó el modo de dar la cuestion en Orleans, y suprimió la estrapada, que fué reemplazada por la estension y los borceguies (6). Es-

tractamos los pormenores siguientes acerca de una *Memoria instructiva* que fué redactada con aquel motivo.

«Si se da la cuestion con agua, el acusado será desnudado, quedará en camisa, y se le atará por la parte inferior de las piernas. Si es una muger ó una jóven, se la dejará un jubón y la camisa, y se la atará por las rodillas.

«Si la cuestion es de borceguies, el acusado quedará completamente descalzo, lo cual se efectuará despues del interrogatorio, y de la visita del médico y cirujanos. La cuestion del agua, ordinaria y extraordinaria con estension, se dará con un caballete de cuatro pies de alto, y cuatro escalfadores de agua de tres cuartillos cada uno, medida de Paris.

«La cuestion ordinaria y extraordinaria con estension se dará con el mismo caballete y los mismos ó iguales cuatro escalfadores de agua: despues se quitará el caballete, y en su lugar se pondrá otro grande de tres pies y cuatro pulgadas, y continuará la cuestion con los cuatro escalfadores de tres cuartillos de agua, que se irá derramando lentamente sobre la boca del acusado.

«Al efecto, el acusado tendrá atadas las muñecas con cuerdas de un grueso regular y estas sujetas a unos anillos que habrá clavados en la pared de trecho en trecho, a distancia de dos pies y cuatro pulgadas uno de otro y elevados del suelo tres pies por lo menos: igualmente habrá otros dos grandes anillos, clavados en el pavimento, a doce pies por lo menos de la pared, uno en seguida de otro, y distantes entre sí cerca de un pie; en cuyos anillos se colocarán unas cuerdas bastante gruesas, con las que serán atados los pies del acusado, cada uno con separación, por encima de los tobillos, y las dichas cuerdas tiradas a fuerzas de hombres, anudadas y pasadas unas sobre otras de manera que el paciente quede sujeto y estirado cuanto sea posible. Efectuado esto, el cuestionario hará que el caballete vaya corriendo hasta junto a los anillos de los pies.

«El acusado será interpelado y amonestado para que declare la verdad.

«Un hombre, que ayudará al cuestionario, tendrá la cabeza del acusado un poco baja y con un cuerno en la boca para que no la cierre. El cuestionario agarrará de la nariz al acusado y se la apretará: aflojándosela, sin embargo, de tiempo en tiempo para dejarle libre la respiración, y teniendo levantado el primer escalfador se le irá derramando lentamente en la boca al acusado. Concluido el primer escalfador lo pondrá en conocimiento del juez, y lo mismo practicará con los tres restantes. Hecho lo cual, si la cuestion es extraordinaria, el acusado será colocado en el grande caballete de tres pies de alto, y se le derramarán los otros cuatro escalfadores, a cada uno de los cuales, el juez amonestará al condenado a declarar la verdad: de todo cuanto se haga y diga, y generalmente de todo lo que pase en la dicha cuestion, se estenderá diligencia clara y circunstanciada.

«Debajo del acusado se pondrá una caldera para recoger el agua que se vierta.

«Si durante el tormento el acusado quisiese reconocer la verdad y el juez estima oportuno mitigarle, se le pondrá debajo el caballete, de lo que se hará tambien mencion: en seguida el acusado volverá a ser colocado como antes del alivio, y continuará la cuestion, sin poder ser desatado hasta que concluya: despues de lo cual se le desatará y pondrá tendido en un colchón junto a la lumbre, y el juez le volverá a intimar que diga la verdad. Se le leerá todo lo que se ha practicado, desde que se le hizo lectura del interrogatorio antes de ser aplicado al tormento, y si puede firmar, lo hará en el proceso verbal de cuestion; sino, se hará constar la causa de aquel requisito.

«Para los borceguies.—El acusado, despues del interrogatorio sobre la banqueta, y de firmarle, quedará descalzo en la banqueta, le pondrán cuatro tablas de madera de encima entre las piernas, desde los pies hasta por encima de las rodillas, dos por dentro y una a cada lado por la parte de afuera: cada una de ellas tendrá cuatro agujeros, por los cuales pasarán unas cuerdas largas, que el cuestionario apretará con fuerza, y despues arrollará las cuerdas en las dichas tablas para que queden sujetas, y a fuerza de martillo introducirá entre las dos tablas siete cuñas de madera una detrás de otra, que apretarán las piernas por las rodillas y la octava por la parte de adentro de los tobillos: a cada una de ellas, el juez interpelará al acusado, detrás del cual habrá un hombre para sostenerle. Si se desmayase se le dará vino: concluida la operación de las cuñas será desatado y puesto en el colchón como queda dicho.

«Si la cuestion del agua fuese preparatoria, y el frio no permite que el acusado la pudiese sostener, se diferirá hasta que mejore el tiempo, sin que sea permitido dar los borceguies, los cuales solo se aplicarán en el caso de que el acusado, por cualquier incomodidad, no pueda sostener la estension.

«Si el tiempo no estuviere muy frio, se hará calentar un poco el cuarto de la cuestion, en el que habrá una chimenea con lumbre durante toda la operación, y mientras el acusado permanece en el colchón.

«Si el acusado es condenado a muerte, previamente aplicado a la cuestion, y no puede sufrir la del agua con estension, bien sea por el rigor del tiempo ó por alguna incomodidad, se le dará inmediatamente la cuestion de los borceguies, puesto que es un cuerpo confiscado, y que las ejecuciones de muerte no pueden diferirse. Los médicos y cirujanos permanecerán en la sala de la cuestion, mientras esta durase, para velar que no sucumba el acusado, y continuarán tambien hasta algun tiempo despues que el acusado esté en el colchón, para prestarle los auxilios necesarios, y aun sangrarle si lo creen conveniente, lo que suele ocurrir con frecuencia, aunque los jueces no se hallen presentes (1).»

Hasta el 24 de agosto de 1780 no fué suprimida en Francia la *cuestion preparatoria*. En fin, el 1.º de mayo de 1787 se mandó: que la prueba de la cuestion previa, casi siempre equívoca y falible por las confesiones absurdas, las contradicciones y las retractaciones de los criminales, embarazosa para los jueces, que no podían descubrir la verdad entre los gritos y los ayes del dolor, y peligrosa para la inocencia, porque la tortura impulsaba a los pacientes a declaraciones falsas, que no se atrevían a retractar por temor de ver renovados sus tormentos, quedase abolida por algunos años por

(1) Memoria instructiva sobre el modo de dar la cuestion con estension y con los borceguies. Colección de las antiguas leyes francesas, tomo 20, págs. 284 y siguientes.

(1) Lingard, trad. de Wailly, tom. IV, pág. 800.

(2) Walter Scott. Historia de Escocia, 1.ª serie, cap. 47.

(3) Edic. del Panteon, tomo I, pág.

via de ensayo. La supresión de la cuestión previa precedió en muy poco tiempo a la ruina de las demás instituciones de la monarquía.

Entre los antiguos, el hombre sorprendido en fragante delito de adulterio, solía por lo común dejar allí el instrumento del delito, como dice Bayle. «¿Quién te ha aconsejado, dice Marcial a un marido (lib. III, ep. 83), quién te ha aconsejado cortar la nariz al amante de tu mujer? Pobre marido, no viene de ahí el ultraje, ¿qué has hecho, imbécil? ¡Tu mujer no ha perdido nada, pues ha salvado su delirio!...»

Había otro castigo muy singular: «Peregrino, dice Luciano, fué sorprendido en adulterio en una ciudad de Armenia, y quiso escaparse por el tejado de la casa; pero habiendo sido aprehendido, sufrió la pena de azotes, y fué muy afortunado en huir con un rábano en el trasero.» (Demóstenes Peregrini).

Otras veces el rábano era reemplazado por un pescado que tenía la cabeza muy gruesa. «Desgraciado de ti, decía Catulo a Aurelio, desgraciado de ti: ¡ojalá te veas espuesto al suplicio de los rabanos y de los musgos!...»

En Roma, en el siglo IV, cuando una mujer era condenada de adulterio, la encerraban en una cabaña, y allí estaba obligada a prostituirse a todo el que llegaba, y a tocar una campana cuantas veces se entregaba a un hombre. Teodosio abolió en 589 esa odiosa costumbre (1).

Entre los germanos, el marido cortaba el pelo a su mujer adúltera, la despojaba de todo vestido, la expulsaba de su casa a presencia de sus parientes, y la echaba a latigazos por el pueblo. (Tácito, de Germania, cap. 49). Entre los anglosajones la cortaban los vestidos a la altura de la cintura, la azotaban, y en aquel estado la esponían a las burlas del pueblo. Los burgondas la ahogaban en el cieno; los sajones, los francos y los visigodos la quemaban. (Vease a Gregorio de Tours, lib. VI).

«Si una mujer perseguida en justicia por su marido por razón de adulterio, recurre al obispo, éste procurará obtener del marido que no la haga morir, y si no puede conseguirlo no debe entregársela, sino enviarla a donde quiera retirarse.» (Conc. de Tribur, 895, cán. 40).

Los portugueses castigaban a la esposa adúltera con su cómplice: si el marido no consentía en la muerte de su mujer, el amante quedaba absuelto.

Entre los polacos, según Dittmar, el adúltero era clavado en un poste por las partes genitales. Ponían una navaja de afeitar a su lado, y en esta posición, podía escoger la mutilación o el rescate.

En Francia, las condenaciones capitales por causa de adulterio han sido tan raras, que deben mirarse como una escepción los dos ejemplos siguientes:

Dos hermanos, Felipe y Gautier de Aunay, sedujeron a las nueras de Felipe el Hermoso, y fueron castigados de una manera terrible. «Españaron tan infame atentado, dice Guillermo de Nangis (año 1514), con un género de muerte y un suplicio ignominiosos: fueron desollados vivos a vista de todos en la plaza pública. Se les arrancaron las partes viriles, y cortándoles las cabezas fueron arrastrados al patíbulo, en donde despojados de toda su piel, fueron colgados por los hombros y las junturas de los brazos. En seguida un ugiere, que parecía haber sido su cómplice, y un gran número de individuos, tanto nobles como plebeyos, de uno y otro sexo, sobre quienes había fundadas sospechas de haber tenido parte en el crimen, sufrieron la tortura; algunos fueron ahogados, y otros ejecutados secretamente.»

El otro hecho pasó en el siglo XVI, y fué una reacción del puritanismo protestante contra las costumbres relajadas de los católicos.

En 1565, dice Thou, se pronunció en Orleans (que se hallaba entonces en poder de los reformados), un fallo que se puede decir no era de aquel siglo, y se hallaba en oposición con las costumbres de la Francia, en donde según ha escrito Juan Lefevre, célebre jurisconsulto, no se condenaba antiguamente el adulterio. Des Landes, señor de Moulin, procesado y convencido de haber seducido a Godarda, mujer de Juan Godin, mientras su marido estaba en el ejército, fué condenado a muerte, y uno y otra fueron ahorcados en la plaza pública. Puygrefier, a quien el príncipe de Condé había nombrado preboste de la ciudad, hombre de los tiempos antiguos y juez severo, fué el que dictó esta sentencia, sosteniendo que en un tiempo en que el vicio hacía tantos progresos, era preciso semejante escarmiento. Aquella sentencia fué tan mal recibida por los cortesanos, que la mayor parte tuvieron la imprudencia de decir en voz alta que siempre serían muy opuestos a los protestantes, y que jamás reconocerían por señores a gentes que por una severidad nueva, y hasta entonces inaudita, habían castigado el adulterio con pena de muerte (2).

A pesar de esos dos ejemplos de justicia inexorable, puede decirse en general que en Francia el adulterio era castigado con una pena más infamante que rigurosa. Según la costumbre de San Andrés, junto a Aviñón (año 1292), los adúlteros eran azotados desnudos por la población. Solo la mujer iba un poco vestida. En el vizcondado de Turena las cosas se hacían con menos decoro: la mujer y el hombre corrían desnudos, y este último era tirado por genitalia (3).

Reales cédulas expedidas en febrero de 1537, en favor de los habitantes de Villafranca, en el Perigord, establecen que los adúlteros sorprendidos en fragante delito, o convencidos de ese crimen, sean castigados con una multa, u obligados a correr desnudos por la ciudad (4).

En un despacho de indulto del año 1479, citado por Du Cange, en la palabra *Adulterium* se encuentra el pasaje siguiente: «El suplicante por chancearse, comenzó a decir a Nicolás Le Blanc, que estaba casado en su país, y que sin embargo, había sido encontrado con una mujer en la ciudad de Eu, que tenía en su compañía, por lo que debía ser emplumado como los demás que se iban con otras mujeres que

las suyas.» El emplumamiento parece haber sido muy común en la edad media. En el reglamento que en 1189 promulgó Ricardo Corazón de León al partir para la Tierra Santa, para conservar la disciplina a bordo de su escuadra, se encuentra el artículo siguiente: «Si alguno es convencido de robo, se le derramará sobre la cabeza pez derretido, y se le echará encima pluma de almohadas para que pueda ser conocido. En seguida será abandonado en la primera tierra en que toque el buque (1).»

En 1498, habiendo sido maltratada una religiosa, untada con miel, cubierta de plumas y paseada en un caballo, Felipe Augusto hizo ahogar en una cuba de agua hirviendo a los autores de aquella broma pesada, de que se encuentran numerosos ejemplos.

En un romance se lee, que queriendo vengarse una mujer de un cura, un preboste y un guarda-bosque, que estaban enamorados de ella, los citó sucesivamente en su casa, y halló medio de encerrarlos desnudos en una especie de tonel lleno de plumas, de donde fueron al fin sacados por el marido, que hizo de modo que siguiesen a aquellos cuerpos emplumados todos los habitantes y perros de la aldea (2).

El uso de abrir una vena y de sacar sangre a los soldados a quienes se quiere imponer una pena infamante, se remonta a la mas alta antigüedad, dice Aulio Gelio. «No comprendo la razón de eso en los escritos antiguos que he podido proporcionarme, pero pienso que en un principio fué menos un castigo que un remedio empleado en los soldados cuya inteligencia se hallaba perturbada, y la actividad entorpecida. En lo sucesivo la sangría llegó a ser un castigo, y se contrajo la costumbre de castigar así diferentes faltas, sin duda con la idea de que el que comete una está malo (3).»

Entre las penas infamantes, que han sido muy numerosas, citaremos también las siguientes:

Se llamaba *hasmiseura* una retractación pública que se hacía de este modo: los hombres que eran condenados a ella debían marchar con la cabeza, los pies y las piernas desnudas durante cierto tiempo, y lo mas frecuente detrás de una procesion, llevando en los hombros una silla o un perro.

«Todo hombre libre, que a pesar de la prohibición del emperador, dice un capitular del año 800, encubra a un malhechor en el palacio, será obligado a llevar al criminal sobre sus hombros hasta la plaza pública, y allí será atado al mismo poste que él.»

«Se colocará sobre el pecho al testigo falso dos lenguas de paño encarnado, de palmo y medio de largo y tres dedos de ancho; por detrás y entre los hombros se le pondrán otras dos, con orden de llevarlas continuamente. (Vease a Du Cange, IV.)»

En la edad media y en la mayor parte de los países de Europa, la mujer que había golpeado a su marido debía montar en un asno con la cara vuelta hacia la cola, llevándola agarrada y recorriendo de ese modo toda la población.

En 1555, el bayle de Hombourg decidió que la mujer que hubiese golpeado a su marido debía, según el uso antiguo, montar en un asno, y que el hombre que se dejase golpear le condujese del ramal (4). La misma pena solía imponerse con frecuencia al marido: «Como los referidos consortes han tenido una quimera, y las palabras han exasperado a la mujer hasta el punto de golpear y maltratar a su marido, por cuyo hecho, los dichos judío y judía, sabedores de que por la rigorosa costumbre del país y de nuestra dicha ciudad de Senliz, iban a ser condenados y compelidos a cabalgar en un asno con la cara vuelta hacia la cola, y otras circunstancias humillantes, etc.» (Cédula de indulto del año 1575, citada por Du Cange. Véase *Asinus*.)

En algunas localidades, el pariente mas cercano del marido era el que le reemplazaba en caso de ausencia o de negativa por parte de aquel. En efecto, en una real orden o cédula de indulto del año 1585, se lee el pasaje siguiente:

«El referido Martín comenzó a decir que Juana, mujer de Guillermo Du Jardin, de la parroquia de Santa María del Campo, junto a Vernou, había golpeado a su marido, y que convenía que el dicho Vicente, que era el pariente mas próximo del ofendido, llevase por las calles el asno en que cabalgase la mujer que había delinquido, en señal de penitencia y en lugar del dicho marido, y que tomase un asno que había en la casa del dicho Vicente y cabalgase en él por la población, con la cara vuelta hacia la cola del animal, diciendo y gritando en alta voz que era por el marido a quien su mujer había golpeado.» (Du Cange, *ibid.*)

En algunos países, los maridos que daban golpes a sus mujeres estaban sujetos al mismo castigo, que sufrían el 1.º de mayo. Por lo menos así nos lo dice el consejero en el parlamento de Dijon, Filiberto Colin, que publicó sobre este asunto un poema latino muy raro, titulado: *De Majuma festivitate que fit maio mense in duos maritos qui affertor truci que animo uxoris plagas infingunt*. Dijon, 1571, 1572, en 4.º

En 1621, un abogado católico llamado Floyd, fué condenado por la cámara de los lores a ser espuesto en la argolla en tres sitios diferentes, y a ser conducido a caballo de un lugar a otro, con el rostro vuelto hacia la cola del animal. En la misma época, la cámara de los comunes condenó a dos oficiales o empleados a montar en un mismo caballo, espalda con espalda, desnudos hasta la cintura y con un cartel al pecho. De ese modo debían atravesar por Londres, desde Westminster hasta la Bolsa.

«Si dos mugeres riñen hasta golpearse, diciéndose al mismo tiempo injurias, llevarán todo a lo largo de la ciudad, y por el camino común, dos piedras atadas con cadenas, de peso ambas juntas de cien libras. La primera las llevará des-

de la puerta oriental a la puerta occidental, y la segunda la estimulará con un agujón de hierro fijo en la punta de un palo, ambas irán en camisa. La segunda se colocará en seguida las piedras sobre los hombros, y las volverá a llevar a la puerta oriental, siendo aguijoneada a su vez por la compañera (1).»

Hermanfredo, que poseía el reino de Turingia con su hermano Baderico (2), «tenía, dice Gregorio de Tours, una mujer malvada y cruel, llamada Amalberga. Un día, cuando su marido se preparaba a comer, solo encontró cubierta la mitad de la mesa, y preguntó a su mujer qué significaba aquello. «Conviene, dijo, que et que se contenta con la mitad de un reino tenga vacía la mitad de su mesa. «Escitado por aquellas palabras, Hermanfredo se sublevó contra su hermanera (3).» etc.

En las leyes de la caballería se encuentra un uso que recuerda el hecho referido por Gregorio de Tours.

Unos caballeros de Joinville fueron gravemente insultados por otros hospitalarios; Joinville se quejó al gran maestro de la orden, quien le contestó que le haría justicia a uso de la Tierra Santa, y dispondría que los que habían hecho el ultraje no comiesen pan a manteles hasta que él o los que habían sido ofendidos se lo permitiesen (4).

«El año del Señor 1595, día de la Epifanía, dice Juan de Leyde, hallándose el ilustre duque Guillermo, conde de Ostervaut, sentado a la mesa del rey de Francia con otros muchos príncipes, se presentó un heraldo que se puso a cortar y dividir el mantel delante del susodicho conde, diciendo que no debía sentarse a la mesa real un príncipe que se hallaba privado de armas y de escudo. Y como Guillermo respondiese que tenía armas y escudo, el decano de los heraldos le replicó: «No, monseñor, porque Guillermo, conde de Holanda, tu tío, fué vencido por los frisones, y todavía yace sin venganza en tierra enemiga.» Desde aquel día, el conde Guillermo comenzó a pensar cómo podría alejar de sí aquella ignominia.» (Citado por Du Cange.—Véase *Mensale dividere*.)

«Si algun caballero o noble hubiese hecho tración en alguna parte, y estuviese sentado a la mesa con otros caballeros o nobles, el dicho rey de armas o heraldo debe ir y cortarle la servilleta, y volver el pan del revés si para ello es requerido por algunos caballeros o nobles, el cual debe hallarse pronto a sostener aquella querella, porque no está bien que un traidor sea honrado como cualquiera caballero o noble (4).»

En Roma, los que hacían bancarota debían presentarse en público con un gorro negro de forma piramidal. En la edad media estaban sujetos a penas infamantes del mismo género. —En Luca llevaban un gorro de color naranjado, y en España un collar de hierro. En Padua y en otras ciudades había en la plaza pública una piedra llamada de la ignominia. El comerciante que había experimentado pérdidas y abandonaba sus bienes a sus acreedores, debía sentarse en ella enteramente desnudo, y golpearla tres veces con el trasero diciendo en alta voz: «Cedo mis bienes.» Hay un juego de niños muy conocido que nos parece se deriva de este antiguo uso.

Pudiera citarse desde Phalaris cierto número de individuos que han padecido suplicios o penas que ellos mismos habían inventado. En el siglo IX, Motawakel-Billah, décimo califa abasida de Bagdad, deseoso de vengarse del visir Mohammed-Ibu-Hammad, que había querido destruirle, le impidió dormir durante muchos días, y por último le hizo encerrar en un horno de hierro erizado de puntas agudas hechas ascua, suplicio inventado por el mismo Mohammed.

En 1691, el gran visir Ali-Baja introdujo la costumbre de conducir ignominiosamente en un *araba* (carruaje no colgado), tirado por bueyes, a los funcionarios que incurrieran en desgracia, innovación que fué causa de su ruina. El Kiskar-Aga, Ismail, destituido por el gran visir, iba ya a subir en el carruaje de bueyes, cuando su sucesor Nezir-Aga dirigió una reclamación a la Khaseki-sultana con motivo de el ultraje hecho a un personaje tan elevado; instruido de aquella violación de la etiqueta, el sultan quitó el sello a Ali-Baja, y envió desterrado al ministro a Rodas, en el mismo araba que había preparado para su enemigo (5).

Citaremos además los hechos siguientes. En el *Rosal o Epitome histórico*, compendiado de las grandes crónicas de Francia, se lee en el libro LXIII: «Felipe el Hermoso mandó hacer el Montfaucon, y dió el encargo a Enguerrand de Marigny. Pues bien, ese mismo Enguerrand de Marigny fué ahorcado en 1515 en la horca de Montfaucon. En 1528, Pedro Remy, tesoro principal de Carlos IV, fué ahorcado en Montfaucon, en un grande patíbulo que él mismo había mandado hacer, dice Guillermo, y de que había dado el diseño a los obreros. Así se verificó una predicción, que según decían se había grabado en el madero principal del cadalso, que contenía estas palabras:

«En este patíbulo será ahorcado Pedro Remy.»

Terminaremos este capítulo con la mención de dos usos bastante singulares. Según Procopio, delante de la puerta del palacio de los reyes persas, había un trípode de hierro, en donde los que habían incurrido en la desgracia del príncipe estaban obligados a aguardar que decidiese de su suerte. Nadie podía socorrerlos, y les estaba prohibido el buscar un asilo en los templos (6).

En Constantinopla había dos manos de bronce en una pared del palacio imperial. Cuando los condenados a muerte, que ordinariamente eran conducidos por delante de la morada del emperador, habían pasado de aquel punto, el príncipe mismo no podía librarlos del suplicio.

(1) *Jura tremensis*, Grimm, pag. 721, citado por M. Michelet, *Origines del derecho*, p. 334.

(2) Había muerto a Berthario, otro hermano suyo, para apoderarse de sus estados.—Gregorio de Tours, lib. III, cap. 4.

(3) Joinville. Colección Michaud-Poujoulat, 4.ª serie, tomo 4.º, pag. 278, cap. 25.

(4) Tratado manuscrito, *De officio heraldorum*, citado por Michelet, pag. 382.

(5) Véase el *Universo pintoresco*, Turquía, pag. 304.

(6) Procopio, *De Be lo persico*, lib. I, cap. 23.

MELLADO.

Establecimiento tipográfico, calle de Santa Teresa, número 8.